

c4457

Don José

SECRETOS DEL DESTINO,

DRAMA EN CUATRO ACTOS, ARREGLADO A LA ESCENA ESPAÑOLA

POA

DON JOSÉ DE OLONA.



MADRID.

IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, FACTOR, 9.

1850.

R. 16 569

PERSONAJES.

ENRIQUE, Marqués de Castelgontie.

EL CONDE CRISTIAN.

EL PRINCIPE TRASKIN.

EL DOCTOR MONTEL.

MR. OLIVIER.

MR. DE RIBOPIER.

LEONARDO.

LUCIANO, criado.

UN EMPLEADO. (Joven.)

UN LACAYO.

MAGDALENA.

LA DUQUESA.

LUISA, hija de Ribopier.

LA CONDESA DE BELY.

BERTA, su hija.

BARONESA.

Damas, convidados, etc.

En Niza, en 1813, en la quinta Mr. Olivier.

La traduccion de este drama ha sido hecha con la autorizacion y acuerdo de sus autores, segun lo que dispone el art. 4.º del convenio sobre propiedad literaria, celebrado entre España y Francia. En su consecuencia esta obra pertenece exclusivamente á su traductor, que perseguirá ante la ley al que publique ó ponga en escena cualquiera traduccion de la misma; asi como al que la reimprima, la presente, varíe el título, ó la represente sin su consentimiento, bien en algun teatro del reino, bien en alguna sociedad de las formadas por acciones, suscripciones ó bajo cualquiera otra forma en que se exija ó satisfaga contribucion pecuniaria, con arreylo á lo prevenido en la ley de propiedad literaria y demas disposiciones vigentes sobre el propio objeto.

Los corresponsales del Sr. Gullon, editor de la Galeria lirico-dramática EL TEATRO, son los encargados exclusivos de su venta y cobro de derechos de representacion en dichos puntos.

ACTO PRIMERO.

Terraplen-jardin, con vistas al mar. En el fondo una balastrada ó muralla, de una vara de alto, que se extiende del uno al otro extremo del escenario. Un pabellon practicable en el segundo bastidor de la derecha (1) con una gran ventana que deja ver el interior, frente al público: la puerta á la izquierda sobre la escena.—A la izquierda, primer bastidor, la fachada de la casa con una gran puerta. Un banco de piedra en el fondo. Un velador y algunas sillas de jardin cerca del pabellon. Dos ó tres árboles en el segundo término de la izquierda. El telon del fondo representa una alegre y poblada campiña. La frondosidad y la fuerza de luz darán á esta decoración el colorido que reclama el lugar de la accion.

ESCENA PRIMERA.

OLIVIER, á poco el DOCTOR.

Al levantarse el telon se oye á lo lejos el canto de los pescadores.
Olivier, apoyado en el borde del muro, concluye de leer una carta.

CORO DE PESCADORES. (Dentro.)

El sol se mira en las aguas
del mar de Italia la bella;

(1) Por derecha ó izquierda entiéndase la del actor.

sus olas pinta la luna,
su calma envidia el amor.
Y el pescador,
contento y gozando
de dulce solaz,
en los mares de Italia la bella
entona bogando
su alegre cantar.

¡Larará!...

¡Larará!... *(Aire de barquerola.)*

OLIV. *(Lee, bajando lentamente el proscenio.)* «Os lo repito, amigo mio: vuestra inclinacion os lleva hácia todo lo que brilla y deslumbra; pero en realidad os falta capacidad para alcanzar lo que deseais. Sin embargo, tenéis la pretension de creeros á propósito para abordarlo todo. Y bien, si quereis vencer, marchad osadamente hácia vuestro objeto con esa firmeza egoísta que forma el fondo de vuestro carácter, y no olvideis jamás los consejos de vuestra primera y verdadera amiga.— Herminia, condesa de Rogmont.» *(Al terminar la lectura se halla cerca del proscenio y se ha sentado junto al pabellon.)*

DOCT. *(Aparece á la puerta del pabellon.)* ¡Buenos dias, Olivier!

OLIV. ¡Calle! ¡Estabais en casa, Doctor!

DOCT. Sí; con Magdalena, de quien acabo de separarme.

OLIV. *(Recorriendo con la vista la carta, que aun tiene en la mano.)* ¡Ah!...

DOCT. ¿Os he interrumpido tal vez?...

OLIV. De ningun modo. Estaba leyendo esta carta que... Pero os encuentro preocupado, Doctor.

DOCT. Necesito reñiros, amigo mio.

OLIV. ¿Vos tambien?

DOCT. Y muy severamente.

OLIV. ¿De qué se trata pues?

DOCT. De Magdalena, á quien mata vuestra indiferencia; de Magdalena, que habeis confiado á mi ciencia... y á quien vos solo podeis curar.

OLIV. ¡Acabaraís de hablar! ¡Podia yo imaginar que un médico como vos, que debe estar acostumbrado á todo género de accidentes, habia de adoptar un tono tan solemne, á propósito de!...

DOCT. ¡Olivier! ¡Me es muy sensible oiros hablar con esa lige-

- reza de un asunto tan doloroso! ¡Sí; muy doloroso; pues que se trata de la vida de una mujer!
- OLIV. Doctor... Muchas veces me habeis echado en cara que soy mas viejo de lo que mi edad me permite: sabeis por consiguiente que puedo escucharos con toda la seriedad necesaria. Hablad. ¿Qué ocurre?
- DOCT. Ocurre que Magdalena se consume y apaga de día en día, y que no son mis cuidados ni el clima de Italia, que habeis venido á buscar, lo que puede salvarla.
- OLIV. ¿Y qué mas puedo hacer? Nada he economizado, bien lo sabeis: todo cuanto era posible hacer, lo he hecho; y si, lo que Dios no quiera, sobreviniese una desgracia, no seria yo el responsable de ella.
- DOCT. No diré yo tanto.
- OLIV. ¿Cómo?
- DOCT. Al encargaros de una naturaleza vehemente é impresionable como la de Magdalena, contrajisteis con vos mismo el pacto sagrado de velar con solicitud, con abnegacion, no solamente por su cuerpo, tan delicado que un soplo pudiera quebrarlo, sino tambien por su alma, que diariamente martirizais, sin apercibiros de ello, quiero creerlo así, en elogio vuestro.
- OLIV. Cuidado, Doctor. Estais abordando cuestiones extra-medicales.
- DOCT. Os he dicho que mi calidad de médico no significa nada en este caso. Es el amigo quien os habla.
- OLIV. Como gustéis. *(Se sienta cerca del pabellon. El Doctor permanece de pie á su lado.)*
- DOCT. ¿Os acordais que hace dos dias, hablando de botánica, nos detuvimos en la singularidad de esas plantas cuya flor plega sus pétalos desde el momento que una mano las toca bruscamente? Pues bien, Magdalena es una de esas plantas. Vos maltratais su corazon, que á pesar suyo se angustia y se cierra como la flor. ¡Sed bueno para con ella, sed afectuoso, sed joven, en fin!
- OLIV. ¡Oh!... Ya esperaba yo que acabaríais por repetirme vuestra eterna reconvencion.
- DOCT. Sí, os la dirijo de nuevo, y me dirijo tambien á vuestro corazon de veinticinco años, cuyos latidos ahogais con esa indiferencia, que debo creer aparente, porque de otro modo pudiera calificarse de monstruoso egoismo.

- OLIV. ¡Doctor! *(Con un ligero tono de reconvenccion.)*
- DOCT. ¡Oh! dejadme hablar al fin. Mis consejos valen tanto, por lo menos, como los de vuestra infernal baronesa. Olivier, sed de vuestra edad.
- OLIV. Si jamás ser viejo antes de la edad sentir una profunda antipatia hacia esa juventud turbulenta, teneis razon, soy viejo, soy caduco. Yo aspiro á mas, mi querido Doctor; y cuando la fortuna, que no se hará esperar, os lo aseguro, me lleve á los altos puestos del Estado...
- MAG. *(Saliendo del pabellon sin ser vista, y presentándose á Olivier en traje de verano y como se vielen las damas italianas durante esa estacion.)* ¿Te parezco bien asi, Olivier?

ESCENA II.

DICHOS y MAGDALENA.

- MAG. ¿No me respondeis?
- OLIV. *(Levantándose y esforzando el tono de galanteria.)* ¡Encantadora!
- DOCT. ¡Cómo! ¿Vais á salir solo?
- MAG. Olivier habia aceptado para ambos la invitacion que nos han dirigido; pero ahora parece que no puede acompañarme.
- DOCT. Es decir que por hoy no nos volveremos á ver.
- MAG. Olivier ha exigido...
- OLIV. ¡Oh!... ¡yo he exigido!... Eso es querer dar á mi pensamiento una version poco exacta.
- MAG. *(Desahuciando el lazo de su sombrero y con alegria.)* ¿Me permitis que me quede á vuestro lado?
- OLIV. *(Siempre frio y queriendo aparentar ternura.)* No, mi querida Magdalena: es indispensable... El Doctor os lo dirá como yo. Necesitais salir á menudo, correr por el campo, buscar distracciones...
- MAG. ¿Es eso cierto, Doctor?
- DOCT. Si, hija mia. Mucho ejercicio, sobre todo. Causad el cuerpo... para dejar tranquilo el espíritu.
- MAG. *(A Olivier.)* Y bien, mi amable consejero, coronad vuestras palabras con una buena accion. Olivier, yo os lo suplico: acompañadme.

OLIV. Os complaceria con toda mi alma ; pero ya os lo he dicho, un negocio grave reclama aqui mi presencia.

MAG. ¡Amigo mío!... *(Suplicante.)*

OLIV. *(Secamente.)* ¡Oh!.. No insistais, Magdalena...

MAG. ¡Tengo yo la culpa si la soledad me fastidia, y si todo placer me importuna cuando no os veo participar de él? Hubo un tiempo, Olivier, en que vos me deciais eso mismo, porque habo un tiempo en que me amabais.

OLIV. ¡Todavía esa duda!—Veamos, Doctor: haciedle comprender su sinrazon, su injusticia...

MAG. *(Al Doctor.)* No, no me dignis nada. Perdonadme... ¡Soy injusta! Si, soy una pobre loca... Siempre me prometo no dejar entrever mis ridículos temores... Pero qué quereis? ¡Me atormenta tanto la idea de que pueda disminuirse la afeccion que me habeis jurado!... *(Movimiento de Olivier. Breve silencio.)* ¿No es cierto que me amais todavía?

OLIV. *(Con aparente expansion.)* ¡Si: mil veces sí!

MAG. ¡Olivier! *(Con amorosa ternura.)*

OLIV. *(Soltándole la mano.)* Vos á llegar tarde...

DOCT. *(Aparte, despues de haber observado con mucha atencion todo el curso de la escena.)* ¡Pobre criatura!

MAG. Hasta la vista, Doctor.

DOCT. Hablaremos de vos en vuestra ausencia.

MAG. Mil gracias. *(Tendiéndole graciosamente la mano.)* Hasta muy pronto, Olivier.

OLIV. Iré á buscarle. No vuelvas sin mí. Hasta luego. *(Conduciéndola hasta el fondo izquierdo.)* Y nunca mas esas tristes ideas.

MAG. ¡No! Nunca mas. *(A Olivier, mirando al Doctor.)* ¡Pensad en mí! *(Vase por el fondo izquierdo.)*

ESCENA III.

Olivier, el Doctor, despues. Entran.

DOCT. *(A Olivier, que le mira en silencio.)* ¡Loado sea Dios! Así quisiera yo veros siempre.

OLIV. ¡Es decir, que estais contento de mí?

DOCT. Muy contento.

OLIV. ¡Y creéis segun eso?

DOCT. Creo que habeis estado en el buen camino, y me feli-

cto de esto. Cree, tambien, que os habeis decidido á salvar ese ángel de dulzura... y os doy las gracias!

OLIV. ¡Doctor!.. ¡Sois un uelano demablado-jóven!

DOCT. ¿EH?

OLIV. Hoy es el 20 de julio de 1843. ¿No es cierto?

DOCT. Sí.

OLIV. (*Mirando su reloj*). Son las dos y veinte minutos de la tarde. Pues bien: dentro de nueve horas y cuarenta minutos, ó lo que es lo mismo, á las doce de la noche, habré cumplido veinticinco años de edad.

DOCT. ¿Y qué quiero decir eso?

OLIV. Eso quieré decir, que desde mañana seré un hombre enteramente distinto.

DOCT. Os aseguro que no comprendo...

OLIV. Gracias á la Baronesa, vuestra enemiga fatima, pero á quien yo quiero, porque me es útil, he podido estudiar el mundo, ó mejor dicho, la vida. Hé aqui lo que ha resultado de mis observaciones. Los hombres que quieren llegar á ser algo,—y vuestro amigo Olivier es de ese número,—deben renunciar con tiempo á las locuras, á los desórdenes de la juventud.—Convencido de esta verdad, he tomado el partido de arreglar metódicamente mi vida, lo mismo que arreglo mi reló al tiempo de acostarme. Cuando el hombre llega á la edad crítica, en que necesita pensar en establecerse, es preciso que dé un adios á esos desórdenes, y que abandone su querida con la misma tranquilidad de espíritu que si se tratara de cambiar de paletot.

DOCT. Asi, pues, si no os comprendo mal, ¿vais á separaros de Magdalena?

OLIV. Exactamente. (*Enciende un cigarro puro*.)

DOCT. ¡Vuestra determinacion me parece odiosa!

OLIV. Nada de eso, Doctor; efecto de óptica. Todo depende del punto de vista. Es odiosa, porque os la declaro con franqueza. Si empleara las precauciones y protestas de costumbre, acabaria por enterneceros... y me dariais la razon. La forma: hé ahí el secreto de todas las diplomacias.

DOCT. ¿Y pretendéis?..

OLIV. Pretendo buenamente, que dentro de tres ó cuatro años vais á vuestro amigo Olivier en un puesto importante del Estado; y en una comida que he dispuesto para hoy

en esta misma quinta, pongo la primera piedra del edificio de mi fortuna. *(Se oye el canto lejano de los pescadores: Olivier se dirige al fondo.)* Conque si me lo permitis... voy á ocuparme de los preparativos...

DOCT. *(Ap.)* ¡Pobre Magdalena!

OLIV. *(A la balaustrada, y agurando que se dirige á unos pescadores.)* ¡Eh!... ¡Buen hombre!... Sí; tú. Acerca tu lancha.

ENR. *(Dentro.)* ¿Es á mí á quien vuestrañoria le hace el honor de dirigirse?

OLIV. Precisamente. ¿Sabes dónde podría encontrar en este momento mariscos frescos y delicados?

ENR. Si, señor.

OLIV. ¿Dónde?

ENR. En la mar.

OLIV. Se me figura que el truhan se está burlando de mí. ¿Dónde pescas tú de ordinario?

ENR. Detrás de aquel promontorio que nos oculta la tierra de Francia.

OLIV. ¿Y le llamas?

ENR. El marqués de Castelgontié. *(El Doctor va vivamente al fondo.)*

DOCT. ¡El Marqués! *(Acercándose á la balaustrada.)*

ENR. ¡Calle! ¿sois vos? Buenos dias, Doctor.

OLIV. ¡Oh! dignaos perdonar mi equivocación...

ENR. Estais disculpado, caballero.

OLIV. ¡Ha sido una torpezal...

ENR. Que podais olvidar aceptando uno de esos excelentes cigarros.

OLIV. Con el mayor gusto. Permitid que bajo un momento...

DOCT. *(A Enrique, que aun no ha sido visto del público.)* ¡Cómo! ¿Qué haceis?

ENR. ¡Muy bien, Leonardo! Vuestra mano, Doctor. *(Figura que ha escorado la balaustrada, aparece en este momento y queda montado en el pretil. Tiene un cigarro en la boca. A Olivier saludándole.)* Caballero... Me haceis el favor de darme fuego? *(Olivier le dá un cigarro; el Marqués enciende el suyo, y ofrece otro á Enrique.)*

ESCENA IV.

Dichos, y Enriquer, en traje de pescador italiano.

OLIV. ¡Es una ascension muy peligrosa lo que acabais de hacer!

ENR. ¡Bah! con la ayuda del robusto brazo de Leonardo...— Otro apretón de mano, Doctor. Vos sois el único hombre de Francia á quien perdono que sea sabio. La ciencia ha hecho pedantes á muchos: á vos os ha conservado digno y bondadoso: lo cual prueba que teneis una organizacion excepcional.

DOCT. Veamos, Marqués: apagad por un momento el fuego de artificio de vuestras paradojas, y decidme, qué significa ese disfraz.

ENR. No es un disfraz, amigo mio, es mi verdadero traje, hasta nueva orden. Vivir en el mar; dormir al ruido de las olas; soñar venturas á la popa de una ligera barca, me habia parecido siempre una de esas voluptuosidades que la naturaleza reserva á los mortales. Compré una barca, elegí mi cielo... y aqui me teneis.

OLIV. Y no podré esperar, señor Marqués, que os dignéis dejar por algunas horas vuestro nuevo estado, y tomar parte en una comida de amigos?

ENR. ¿Para lo que os hacen falta mariscos?

OLIV. ¡Oh!.. Cuidado, señor Marqués. Si ahora rehusais mi invitacion, podré creer que me guardais rencor.

ENR. Dios me libre!.. Acepto.— Pero como vuestros amigos encontrarian mi traje demasiado pintoresco, os pido permiso para ir á mudarme, y pronto estare de vuelta. *(Yendo al fondo.)* Mi alojamiento no dista cinco minutos... y mi barca es ligera como el aire.

OLIV. *(Indicándole la escalinata.)* Por aquí.

ENR. Mil gracias por vuestra invitacion. Hasta luego, Doctor. *(Desaparece. Otilio se acerca á la balaustrada para despedirlo.)*

ESCENA V.

OLIVIER y el DOCTOR.

- Doct. ¡Ahí tenéis un hombre de noble corazón... de corazón joven!
- Oliv. ¿No es este el hijo del marqués de Castelgontíe, que prestó sumisión en 1832, después de haber sido enemigo declarado del gobierno?
- Doct. Exactamente. Y hoy su hijo va á ser nombrado, según se asegura, para un puesto diplomático de la mas alta importancia.
- Oliv. ¡Ah! ¿Va á ser nombrado?..
- Doct. Aparte de sus excentricidades de lenguaje, que son perdonables á su edad, el Marqués es un hombre de distincion. Tiene ademas el alma mas noble y generosa que he conocido. Poseedor de una inmensa fortuna, su mayor placer es servirse de ella en beneficio de los otros. ¡Es, en fin, la providencia de cuantos le rodean! ¿Todavía vuestra satánica sonrisa?..
- Oliv. *(Cogiéndose de su brazo, y sin dejar de sonreirse.)* Decíamos, Doctor, que es preciso arreglar la vida, como se arregla un plan de estudio, una carrera cualquiera. La astucia, el orden, el tacto, son mas útiles para llegar á todo, que la bondad y la ciencia. La hora del sacrificio va á sonar, y en el interés de mi porvenir, excitar, seria mas que una falta, seria una solemne incoherencia.
- Doct. ¡Pero desgraciado! Magdalena no es una mujer cualquiera. Vos no podéis, no debéis conducirlos con ese ángel de sensibilidad y de amor como podríais hacerlo con una de esas criaturas que nada nos sacrifican, á quienes no debemos ninguna consideracion.
- Oliv. *(Friamente.)* ¿Por qué no me aconsejais que la dé mi nombre?
- Doct. No creais que haríais nada de mas.
- Oliv. ¡Por Dios, Doctor!
- Doct. ¿Sabéis que vais á sembrar vuestra existencia de crueles remordimientos? ¿A qué ahogar así los instintos de juventud? ¡Ah!.. ¡Ella tomará un día su revancha, como ha hecho con Ribopier, vuestro nuevo amigo...

cuando sea demasiado tarde! Entonces teñireis como él vuestros cabellos, ajustareis vuestra cintura, os creereis amable y chistoso... y no sereis, sin embargo, sino lo que él; la mofa de las gentes!

OLIV. Permitid que os detenga en vuestros juicios; no debo consentir que ataqueis de esa suerte á Ribopier. Él es justamente esa primera piedra, de que os he hablado hace poco.

DOCT. ¡Ribopier?

OLIV. ¡Un hombre admirable! ¡Un hombre!..

DOCT. *(Interrumpiéndolo.)* ¡Soberanamente ridículo!

OLIV. Poseedor de doscientos mil francos de renta...

DOCT. Que ha reunido vendiendo perfumería.

OLIV. ¡Y padre de una hija muy bien educada!

DOCT. ¡Ah!.. *(Comprendiendo la intención.)*

OLIV. ¡Hija única!

DOCT. Como su padre.

OLIV. Lo espero de un momento á otro...

DOCT. ¿Y por eso habeis alejado á Magdalena?

OLIV. Justamente.

RIB. *(Dentro.)* Dos luises si logras encontrarla. Veinte luises si me la presentas.

OLIV. ¿No es esa su voz?

DOCT. Ah! teneis á vuestro futuro suegro.

ESCENA VI.

DICHOS, RIBOPIER. *Viste con una elegancia exagerada. Peluca negra rizada, bigote y patillas teñidas, lente y un junquillo.*

RIB. *(Secundando la frente con precaución.)* Buenos dias, Doctor. *(A Olivier.)* Buen giorno, carísimo.

OLIV. ¿Qué os ha sucedido?

RIB. ¡Oh!... ¡Una aventura adorable! ¡La mujer mas linda y mas encantadora!.. Desde luego ella reparó en mí; y cuando fui á dirigirle la palabra, un color sonrosado vino á teñir la poética palidez de sus mejillas. ¡Buen principio! me dije yo. Pero tata, que de pronto nos vemos separados por un ginete, que me hizo dar una pirueta con el anca de su caballo, y mi niña desapareció.

DOCT. ¡No es vergonzoso... á los cincuenta años!..

- Rib. ¡Ohooo!.. Permitid, permitid.— Esa no es mi edad. Mi mujer me ha tenido archivado, y en archivo particular, durante veinte años de mi vida... veinte años, durante los cuales, no he vivido. De cincuenta quitad veinte, restan treinta. Tengo treinta años.
- OLIV. ¡Hace mucho tiempo que tuvisteis la desgracia de perder vuestra esposa?
- Rib. Dos años, amigo mío. Creed que aun no he cesado de llorar esa pérdida irreparable. ¡Era un portentoso!.. y si he de hablaros con franqueza, desde el día que me sorprendió, lo que vos, con razon, llamais una desgracia, me conceptuo el hombre mas dichoso de la tierra.
- DOCT. *(En tono de reconvencion.)* ¡Oh! ¡Ribopier!
- Rib. Digo lo que siento. No me gusta fingir. He empezado por hacer el elogio de mi difunta. Que ahora me sea permitido decir que la vida conyugal tiene muchos inconvenientes. *(A Olivier.)* No vayais á creer por eso... Al contrario, vos hareis un buen marido... y un excelente yerno. Mi niña es una excepcion. No ha heredado aquella sempiterna charlataneria de su madre.
- DOCT. *(Ap.)* Y de su padre.
- Rib. La pobre no tiene mas que un pesar en la vida, y es no poder ponerse una docena de vestidos los unos encima de los otros.
- DOCT. ¡Angelito!
- Rib. Pero monsieur Olivier tiene demasiada experiencia, y buen sentido para saber disculpar los caprichos de una jóven, que lo ha distinguido desde el primer momento.
- OLIV. ¡Oh! ¡sin duda! Ademas vuestra adorable hija empieza ahora á vivir. Yo la dirigiré con prudencia, y estoy seguro que aprovechará mis lecciones.
- Rib. ¡Oh!.. Cuidado, monsieur Olivier. Yo soy un hombre de bien, y no quiero engañaros; no podreis dirigir á mi hija.
- OLIV. Os aseguro que sabré llevar las riendas de tal suerte...
- Rib. Cuidado repito; porque siguiéndolos en vuestra comparacion, podreis muy bien, teniendo las riendas demasiado tirantes, hacer volcar vuestro carro conyugal en algun bache del camino.
- OLIV. No temais. Mis consejos serán benévolos y paternales.
- Rib. *(Viendo venir á Magdalena.)* ¡Magdalena!
- Rib. ¿Eh?

DOCT. ¿Cómo?
 MAG. (Pálida y agitada, ap.) ¡Dios mío! ¡Qué encuentro!

ESCENA VII.

DICHOS Y MAGDALENA.

OLIV. (Yendo á ella.) ¿Qué tenéis? (A Ribopier.) Permitid...
 (Conduce á Magdalena al primer término derecha.)
 RIB. (Saludando.) ¡Siempre á las órdenes de la belleza! (Mirando con el lente á Magdalena.) ¡Qué veot!
 DOCT. (A Ribopier.) ¿Eli?
 RIB. (Bajo al Doctor.) Es ella, Doctor. ¡Mi desconocida! La que se sonrojó al verme. Sin duda ha sabido que estaba yo aquí...
 DOCT. ¡Callad, imprudente! ¿no veis?..
 RIB. (Maliciosamente indicando á Olivier.) ¿Cómo? ¿Es?.. ¡Tate! (Cogiéndose del brazo del Doctor, y riendo.) ¡Tiene gracia!.. ¡Tiene gracia! (Ambos se dirigen al fondo.)
 OLIV. (A Magdalena con dureza.) Es así como obedecéis mis súplicas, mis recomendaciones?
 MAG. ¡Amigo mío!
 OLIV. Yo tenía mis motivos para alejaros hoy de aquí; motivos que os he llamado, por consideración á vos misma.
 MAG. (Impresionada.) ¿Quién es ese caballero?
 OLIV. Es... es un amigo de mi madre...
 MAG. ¡Ah!
 OLIV. Ya conocéis la rigidez de sus principios... y vuestra presencia en mi casa, en el momento en que...
 MAG. Perdonadme, Olivier.
 OLIV. ¡Siempre lo mismo, cuando ya habeis causado el mal!
 MAG. ¡Oh!.. ¡Cómo destrozais mi corazón! Creed que no me hallaría aquí, si un incidente grave...
 OLIV. ¿Un incidente?..
 RIB. (Que después de un ligero altercado con el Doctor, ha llegado desconocido de él, se llega á Olivier, y le dice al oído.) Presentadme, amigo mío, presentadme..
 OLIV. (Ap. á Magdalena.) ¡Silencio! (Presentando á Ribopier.) Monsieur de Ribopier. Y ahora, Magdalena... (Disponiéndose á conducirla.)
 RIB. Permitid... Acabará de hacer siquiera mi presentación. Yo soy, bella dama, el mas asiduo de los abonados de

- la Granda Opera, y uno de los primeros elegantes del Boulevard. Tengo doscientos mil francos de renta, cinco caballos y mis treinta y dos diestros.
- DOCT. *(Con indignacion.)* ¡Ribapier!
- RIB. *(Al Doctor.)* No tengais miedo. Ya sé que hasta que la boda se haya efectuado... Pero despues...
- MAG. *(Ap.)* ¡Qué oígo!
- DOCT. *(Bajo á Ribapier, cogiéndolo del brazo.)* ¡Venid con dos mil santos! Dejémoslos solos.
- RIB. Un momento... un mom... *(Saludando á Magdalena.)* Señora... *(Ap. á Olivier.)* No estarás descontento de mí.
- DOCT. *(A Ribapier.)* Que os estoy esperando. *(Se le lleva del brazo.)*
- RIB. ¡Qué diantres! ¡Hombre! ¡No me dejais ni siquiera respirar! *(Váase por el fondo izquierdo.)*

ESCENA VIII.

OLIVIER, MAGDALENA.

- OLIV. ¡Oh!... Escuchad, Magdalena. La vida comun entre nosotros se hace imposible. ¡Ya veis qué embarazos, qué disgustos!... ¡Y luego... mi familia... mi madre!...
- MAG. *(Conteniendo sus lágrimas.)* Despues, Olivier, mas tarde continuareis la escena que hace tanto tiempo preparais, que yo habia querido evitar hasta ahora, y que habeis al fin comenzado en este momento. Dejádme deciros primero el peligro que nos amenaza.
- OLIV. ¡El peligro! ¿Cuál?
- MAG. Olivier, el Príncipe de esta tan distante de Rusia, que el príncipe Tráskin no haya encontrado nuestra traza.
- OLIV. ¡El principal!...
- MAG. Es necesario huir... huir al instante. La cólera del príncipe será terrible, y vuestra conducta la justifica demasiado. No olvidaré que sois su antiguo secretario...
- OLIV. Y vos...
- MAG. ¡Y yo su hija adoptiva!
- OLIV. ¡Eh! ¡Señora! ¡Y quién me asegura despues de todo que no sois vos misma quien le ha enseñado llamar.
- MAG. ¿Quién? ¡Vos! ¡Vuestros recuerdos... vuestros remordi-

mientos! ¿Creeis que tengo yo en tanto mi propia deshonra, esta deshonra que me viene de vos, para que haya querido procurarme la vergüenza de inclinar mi frente ante la mirada de un hombre de honor?

OLIV. ¡Eso es! Defendedlo.

MAG. Si, lo defenderé; porque siempre fué para mí un amigo leal y generoso; porque lo he engañado miserablemente! ¡El me recogió cuando niña, y no he recibido en su casa sino cuidados y respetos... cuidados que le pagué con mi ingratitud! El tiene derecho de pedirme cuenta de mi vida... de maltratarme... ¡No lo hará! Y vos, que me debeis proteccion y defensa, vos, á quien todo lo he sacrificado, osais insultarme como á una miserable! ¡Oh!... ¡¡Teneis un corazon de tigre!!!

OLIV. ¿Y por qué me seguiséis entonces?

MAG. *(Llevándose las manos al rostro.)* ¡Ah!... ¡Que Dios os perdone esa palabra, Olivier! ¿Habeis olvidado vuestras lágrimas, vuestras protestas, vuestra desesperacion? La muerte os esperaba, me deciais, si yo no consentia á seguirlos!... ¡y vuestra vida era mi vida! ¡Os creí! Es tan dulce creer... ¡Os amaba, Olivier!... ¡¡os amaba!! *(Llorando.)* ¡Ah! ¡Soy muy desgraciada! *(Trasquin ha aparecido en el fondo pocos momentos antes y ha oido las últimas palabras de Magdalena.)*

TRASK. *(Desde el fondo.)* ¡Sois muy desgraciada, hija mia!

MAG. ¡Ah! *(Se enfuga las lágrimas y procura recomponerse. Olivier se ha calmecido al oír la voz del Príncipe, y baja al primer término de la izquierda. El Príncipe lo ha visto, pero no se digna mirarlo.)*

ESCENA IX.

DICHOS, el PRÍNCIPE TRASKIN. Este es un personaje de distincion: cuarenta y seis años, grave, mesurado, de tono y maneras afables. Viste de negro, y tiene una condecoracion encarnada en el ojal de su levita. Grandes entradas en la frente. Bigotes blancos.

TRASK. *(Muy tranquilo, dirigiéndose á Magdalena, sin mirar á Olivier.)* Os pido perdon de la libertad que me he tomado, presentándome en vuestra casa sin haberme hecho anunciar. Pero debo ausentarme hoy mismo, y he creído poder dispensarme de ciertas ceremo-

- nias para llegar hasta vos.
- MAG. *(Suplicante y sin atreverse á mirarlo.)* ¡Ah, soy muy culpable, monseñor!
- TRASK. No son acusaciones lo que vengo á dirigiros: son consejos lo que quiero daros... Informes, que acabo de recibir... *(Un breve silencio.)* Magdalena, ¿es cierto que sois desgraciada?
- MAG. ¿Yo? *(Sin saber qué responder.)*
- TRASK. ¿Sois desgraciada?
- MAG. *(Después de haber mirado furtivamente á Olivier, que permanece imposible.)* ¡No, monseñor! *(Breve pausa.)*
- TRASK. ¿No?
- MAG. No. *(Casi á media voz é inclinando la cabeza: enjuga sus lágrimas.)*
- TRASK. Entonces... perdonad. Si vuestras lágrimas provienen de mi presencia, perdonadme también. Son las primeras, se me figura, que os he hecho verter... Serán las últimas, os lo juro.
- MAG. ¡Monseñor!...
- TRASK. ¿Si no me engaño, fué con mi secretario con quien huisteis del castillo? Es lo que más siento por vos, pobre Magdalena. Ese hombre es de una naturaleza inoble, mezquina... y completamente inferior á la vuestra.
- OLIV. ¡Príncipe!... Habéis olvidado que estoy aquí... *(Adelantándose.)*
- TRASK. Perdonad, caballero... *(Con frialdad y nobleza.)* Yo no os conozco.
- OLIV. Vuecencia no puede haber perdido la memoria hasta tal punto, que no recuarde al menos mis facciones. *(Se acerca al Príncipe.)*
- TRASK. *(Mirándolo, y sin perder su frialdad y compostura.)* Repito que no os conozco, caballero.
- OLIV. Yo me llamo Olivier, soy vuestro antiguo secretario... ¡el amante de Magdalena!... ¿Me conocéis ahora? *(Magdalena se cubre el rostro con ambas manos, haciendo un gesto de horror.)*
- TRASK. Menos que antes.
- OLIV. Que no me...
- TRASK. Siempre que he tenido la desgracia de adquirir una mala relación, me he apresurado á olvidarla.
- OLIV. ¡Semejantes palabras!...
- TRASK. ¡Eh! *(Con dignidad.)*

MAG. ¡Monseñor! (*Suplicante.*)

TRASK. Tranquillizaos, hija mía. Por consideración á vos, no prolongaré por mas tiempo una entrevista que debe seros desagradable. Me ausento, pues; pero si, como creo, la cadena que os hace soportar monsieur Olivier os fuese demasiado pesada... acordaos que hay en mis dominios un castillo que habitasteis dichosa en otro tiempo, cuando yo os miraba como á una hija...

MAG. ¡Príncipe!

TRASK. ¡Oh!... No temáis. Nunca mas volveré á inquietaros. ¡Adios! (*Se dirige al fondo.*)

ENR. (*Dentro: fondo izquierda.*) Te digo que puedes acompañarme. Serás recibido admirablemente.

TRASK. El marqués de Castelgontié.

ESCENA X.

DICHOS, ENRIQUE, de frac, CRISTIAN, después RIBOTKA y convidados. El Príncipe ha quedado en el segundo término de la izquierda. Magdalena en el primero de la derecha. Olivier ha hecho un esfuerzo sobre sí, y brilla en él una calma completa: vá al encuentro de Enrique, que conduce de la mano á Cristian, y ocupan el centro.

ENR. ¡Vos aquí, Príncipe! ¡Vos en Niza? ¡Ah! Monsieur Olivier, cuánto os agradezco que me hayais proporcionado tan buen encuentro. (*Al Príncipe.*) Creo que no nos habíamos vuelto á ver desde nuestras famosas cacerías en Suiza. ¿Pensáis permanecer mucho tiempo en Niza?

TRASK. Me ausento en este instante.

ENR. ¡Cómo! ¿No sois de los nuestros?

TRASK. ¡Me es imposible!

ENR. ¡Oh!... Eso sí que no lo permitiré. Monsieur Olivier, levantad barricadas en todas las puertas para detener al Príncipe. (*Reparando en Magdalena, dirigiéndose á ella y saludándola con respeto.*) ¡Oh!... Perdonad... (*A Olivier.*) Me habeis hecho aparecer tal vez demasiado aturdido ante esta señora... y aunque no la he sido presentado, me permito apelar á su elocuencia para encadenar á nuestro prisionero.

MAG. Monseñor sabe bien que tendremos mucho honor en verlo entre nosotros. (*Saluda, se retira un momento y entra después en el pabellón.*)

- OLIV. Pero por temor de disgustar á su excelencia, no insistiremos, sin embargo.
- ENR. (Ap.) La frialdad de un lado... la cólera de otro... ¡Diantre! Creo que he hecho una tontería. (*Ribopier entra por el fondo izquierdo, á la cabeza de los convidados.*)
- RIB. Por aquí, señores, por aquí. (*A Olivier.*) Os traigo vuestros convidados, carísimo yern... es decir, carísimo Olivier.
- ENR. (*Bajo al Príncipe.*) ¿Quién es este original?
- TRASK. No sé. Apenas conozco tampoco al mismo monsieur Olivier.
- RIB. (*Reparando en ellos, bajo á Olivier.*) ¡El príncipe Traskin y el marqués de Castelgontie! ¡Diablo!
- OLIV. ¿Los conocéis?
- RIB. Perfectísimamente. Ellos son los que no me conocen... (*Lo cual me sucede á menudo.*)
- TRASK. (*A Enrique, estrechándole la mano.*) Nos encontraremos en París.
- ENR. Tendré el gusto de ir á visitaros. Pero antes permitidme que os presente á mi amigo Cristian, uno de los mas nobles caracteres de Hungría. (*Coge de la mano á Cristian, que ha permanecido hasta entonces en el fondo hablando con los convidados, y se le presenta al Príncipe.*) El conde Cristian... (*A Cristian.*) El príncipe Traskin. (*Leve movimiento convulsivo de Cristian. El Príncipe le saluda muy cortésmente. Cristian inclina apenas la cabeza, se pone el sombrero, vuelve la espalda y se dispone á marcharse. Todos se perciben de esta ocurrencia. Enrique dice aparte, mirando al Príncipe y á Cristian.*) ¡Calle! ¿Qué significa?...
- CAIST. Señores... os saludo. (*Vase por el fondo izquierdo, sin mirar al Príncipe.*)
- ENR. Espérame, Cristian, voy á acompañarte.

ESCENA XI.

DICHOS, menos CRISTIAN. MAGDALENA, á quien el público no ha dejado de ver por la ventana del pabellon, baja á la escena.

- ENR. Confío, señores, que nadie se resienta de la acción de mi amigo. Es el mejor, el mas leal de los hombres. Pero la desgracia nos hace á veces injustos y sombríos.

- (Ap.) Lo que es hoy estoy acertadísimo.
- OLIV. Nadie aquí piensa en acusarlo, señor Marqués, pues que á nadie ha podido herir la conducta de vuestro amigo: á nadie... excepto al príncipe Traskin, que ha obrado prudentemente no recogiendo el guante que se le ha arrojado. (*Silencio glacial.*)
- TRASK. Es verdad, caballero. He obrado prudentemente... y creo poder añadir honrosamente. Sin embargo, no penseis por eso que renuncie á responder á un insulto, aun en el caso de que me sea dirigido por un fátuo como vos:
- OLIV. (*Ciego de cólera, y acercándose amenazante al Príncipe.*) ¡Caballero!
- TRASK. (*Con dignidad imponente.*) ¡Monseñor, —me llamabais en otro tiempo! ¿Lo habeis olvidado? (*Con mucha cortesía.*) Pido perdón á esta señora... lo pido á todos por haberme salido un momento de los límites de la cortesía. (*A Olivier.*) En cuanto á vos, no tengo mas que dos palabras que deciros. Retardo veinticuatro horas mi viaje... y espero en mi casa vuestros testigos.
- OLIV. Descuidad. (*El Príncipe saluda á todos respetuosamente, y váse por el fondo izquierdo. Enrique lo ha seguido hasta el fondo, sin acercársele.*)

ESCENA XII.

DICHOS, menos TRASKIN, á poco LEONARDO.

- RIB. ¡Pero esto es inconcebible!
- OLIV. Nada, señores, no hay que acordarse mas de lo ocurrido. Venid. La comida está servida. (*Abre la puerta de la izquierda, y entran por ella Ribespiere y los convidados.*)
- ENR. (*Acercado á la balaustrada y llamando.*) ¡Leonardo!
- OLIV. ¿Qué haceis, señor Marqués?
- ENR. Llamo á Leonardo, para que acerque nuestra barca.
- LEON. (*Ha subido la escalera que se supone comunica con el mar.*) ¿Qué quieress?
- ENR. Apareja. Volvemos á tomar la mar. (*Leonardo desaparece.*)
- OLIV. ¡Cómo! ¿Tambien vos vais á abandonarnos?
- ENR. Amigo mío: no querais detener á un convidado tan torpe y de tan mal agüero como yo. Desde que puse aqui

los pies, no he hecho mas que tonterías;—y mi persona, á no dudar, haría muy mala figura en vuestra mesa. Francamente, despues de haber puesto en fuga á todo el mundo, debo tambien retirarme á mi vez.—Hasta la vista, pues: y si volveis pronto á Paris, como supongo, no dejeis de venir á verme. Acaso podré servirlos de algo. Tendré en ello un placer.

LEON.

(Dentro.) Te estoy esperando.

ENN.

Allá voy. (Saludando á Magdalena.) Señora... (Se dirige al fondo. A Olivier que va á acompañarlo.) No os molesteis. (Saluda de nuevo, y baja la escalera que conduce al mar.)

ESCENA XIII.

OLIVIER Y MAGDALENA.

MAG.

(Deteniendo á Olivier que sin dirigirla la palabra se va por el fondo izquierda hacia la habitación de la izquierda.) ¿Adónde vais?

OLIV.

Ya lo veis. Voy á reunirme á mis amigos.

MAG.

¿Qué, no teneis nada que decirme?

OLIV.

Deberiais apreciar mi silencio.

MAG.

Olivier...

OLIV.

¿Qué mas quereis aun? He sido insultado por ese hombre, de quien empiezo á dudar, respecto á los títulos que tiene sobre vos...

MAG.

¿Qué decis!

OLIV.

(Continuando.) Me bato por vuestra causa, expongo mi existencia, me comprometo á los ojos de mi familia...

MAG.

¡Oh! ¡Basta! Basta de pretextos. Vuestro primer razonamiento ha sido harto villano, y me ha hecho comprenderlo todo. ¿Quereis un rompimiento? ¡Sea! (Olivier hace un movimiento para hablar.) No me respondais aun. Vuestro implacable eguismo os ha inspirado esa inicua idea. (Movimiento de Olivier.) ¡Ah! ¿Qué quereis?.. La verdad se escapa de mis labios á petar mio, y me pregunto con asombro si lo que yo amaba en vos, era vos mismo, ó la máscara del amor con que cubriais vuestro rostro. Ya veis que soy franca, demasiado franca tal vez. Sé que estoy abriendo un abismo entre nosotros. Sin embargo, esperaré aun; esperaré hasta ma-

nana, para ver si sale de vuestro corazón una noble palabra. Pero si esa palabra no fuese pronunciada, no es ya á vos, Olivier, sino á Dios, á quien iré á pedir el apoyo que me habeis rehusado. *(Voces en la habitación de la izquierda.)* Os llaman vuestros amigos... ¡Adios! *(Se dirige al pabellon.)*

OLIV. ¡Magdalena!

MAG. *(Desde el primer casalon.)* No lo olvideis, Olivier, no lo olvideis: *(Entra en el pabellon. En el mismo instante aparece Ribopier á la puerta de la habitación de la izquierda.)*

ESCENA XIV.

OLIVIER y RIBOPIER en la cocina. MAGDALENA en el pabellon. Desde que ha entrado en él, se la ve casi desfallecer y apoyar una mano para sostenerse en la mesa que está cerca de la ventana. Ribopier está algo alegre por los vapores del vino.

RIB. ¡Eh! ¡Anfitrión! Es una felonía la que hacéis con nosotros. No solamente nos privais de vuestra presencia, sino también de la de Magdalena! Eso no es tolerable.

OLIV. Acaba de retirarse al oír vuestra voz.

RIB. ¡Al oír mi voz?... ¡Decididamente me tiene miedo! Vaya, puedo confiaros un secreto, ahora que vais á casaros con mi hija. *(Magdalena lo oye; se estremece y presta atención. Confidencialmente.)* La cosa puede arreglarse... Si os decidis á ayudarme un poco... *(Magdalena avergonzada se cubre el rostro.)*

OLIV. ¡Ribopier! *(Inquieto, mirando hacia el pabellon.)*

RIB. ¡Qué diablos, hombre!.. Si de todos modos eso se ha de concluir... Vamos, por lo pronto no os pido más sino que la hagáis asistir á la comida. *(La noche empieza á oscurecer la escena. Magdalena ha escuchado con suma ansiedad y gran indignación la escena precedente.)*

OLIV. Bien... mas tarde... Entremos ahora.

RIB. ¡Vamos á brindar por su salud! *(Olivier le obliga á entrar en la habitación de la izquierda. Durante este corto intervalo, Magdalena corre ligeramente algunas líneas que deja sobre la mesa. Olivier atraviesa la escena, y apoya el codo á la puerta del pabellon. Magdalena ha oído sus pasos y se oculta detrás de la puerta. Olivier llama con la mano, y como nadie le responde, entra en el*

pabellon, no ve á Magdalena, la llama, y desaparece un momento. En tanto ella ha logrado bajar á la escena sin ser vista de Olivier.)

ESCENA XV.

MAGDALENA sola, despues OLIVIER y RIBOPIER.

MAG. ¡Ah!.. ¡Miserables! ¡Cómo me han maltratado! ¡Esto es ya demasiada vergüenza y humillacion! *(Dirigiendo sus ojos al cielo.)* ¡No es cierto, Señor, que no me habeis criado para sufrir tan horrible tormento! ¡No es cierto que me perdonareis cuando haya vuelto á vos?

Voces. *(De los convidados, dentro.)* ¡Olivier! ¡Olivier!
MAG. *(Escuchando hacia el lado del pabellon.)* ¡Es él! ¡Diga, mío! ¡Aceptad mi sacrificio! *(Véase precipitadamente por el fondo izquierda. Olivier aparece en el pabellon. Su vista se fija de pronto en el escrito que Magdalena dejó sobre la mesa, lo coge y lee.)*

OLIV. «¡Lo he escuchado todo! Os desprecio... no volveréis á verme jamás! Magdalena.»

RIB. *(Con una botella en la mano.)* ¡Olivier! *(Llamando.)*

OLIV. *(Apareciendo en la puerta del pabellon con la carta en la mano.)* ¡He sido abandonado, querido suegro.

RIB. ¡Cómo!

OLIV. *(Bajando á la escena.)* ¡Tomad! *(Le da la carta, Ribopier la lee.)* ¡En fin! ¡Ya soy libre! ¡La segunda parte de mi vida empieza hoy! *(Véase en la habitación de la izquierda. Se oye á lo lejos el canto de los pescadores.)*

¡A la mesa!

RIB. ¡A la botella!

(Se dirigen á la izquierda, y cae el telon.)

PIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Paris, 1847, en casa del Marqués Elegante biblioteca, con papiros a la izquierda, cuadros, estatuas, etc. Juguetes de niño esparcidos por el suelo, y un carrito.—En el primer término de la derecha una chimenea encendida, con grandes candelabros. Cerca de la chimenea un confidente y un velador. Un balcon en el fondo. Una mesa de salon, en forma semicircular, cubierta de un rico tapiz, en el centro de la escena. Sobre la mesa libros en desorden, una escribania y otros objetos de escritorio.

ESCENA PRIMERA.

El Doctor solo: despues CRISTIAN, precedido de un criado.

DOCT. *(Con sombrero puesto, se sienta debajo del brazo y un periódico en la mano, está leyendo delante de la chimenea, sobre la cual hay otros periódicos.)* «Crónica extranjera. Marruecos... *(Recorre.)* Guerra de los rusos con los circasianos.» Nada de esto me interesa. *(Coge otro periódico y recorre.)* «Crónica interior... El marqués de Castelgontí... uno de los jóvenes aristócratas y de los que con mas gloria representan la nobleza del barrio de San German, el cual ha ocupado ya en la diplomacia un puesto importante, ha sido llamado á Paris para confiarle una lta destino de gobierno.»

- CRÍADO. *(Introduciendo á Cristian.)* Si el señor Conde desea pasar adelante...
- CRIST. ¡Cómo! ¿Enrique está viajando?...
- CRÍADO. Hace seis meses, señor Conde. Si su señoría quiere esperar aquí, iré á avisar á monsieur Leonardo.
- CRIST. Decidle que venga pronto. Llego de América y estoy impaciente por saber noticias del Marqués.
- DOCT. *(Llamando al criado en el momento en que se marcha.)* José, decid á la seño... *(Interrumpiéndose.)* Avisad arriba que tengo aun muchas visitas que hacer; es tarde y no puedo aguardar mas.
- CRÍADO. Está bien, señor Doctor. *(Váse el criado. Momento de silencio. Cristian y el Doctor se saludan: este vuelve á su lectura y Cristian observa alrededor de él.)*
- CRIST. ¡Un carreton... y juguetes de niño!... ¿Qué significa?...

ESCENA II.

DICHOS, LEONARDO.

- LEON. *(Saliendo.)* ¡El conde Cristian!
- CRIST. ¡Mi buen Leonardo!
- DOCT. ¿El conde Cristian? ¿Qué alegría espera al Marqués á su llegada!
- LEON. *(Presentando al Doctor.)* El doctor Montel.
- CRIST. *(Saludando.)* Le conozco mucho por su fama.
- DOCT. *(Haciendo otra cortesía.)* Yo tambien os conozco por la vuestra. ¿No sois vos el amigo mas querido del Marqués, y cuya ausencia sintió tanto? En esta casa, y precisamente en esta pieza, he oido pronunciar vuestro nombre infinitas veces. Cuando en las largas veladas del invierno mi charla científica le dormia, se despertaba al poco rato lanzando un suspiro y diciendo: «¿Qué hará ahora Cristian?»
- CRIST. ¡Excelente amigo! ¿Y dónde está?
- LEON. Muy cerca de aquí, porque esta mañana se ha recibido una carta suya anunciando su vuelta, y Magdalena acaba de decirme que llegará hoy mismo.
- CRIST. ¡Cómo!
- DOCT. *(Ap.)* ¡Ay... ay!...
- CRIST. Pues qué, ¿se ha casado Enrique?
- LEON. No tal.

- CRIST. (*Salida de los jugadores.*) Sin embargo...
- LEON. ¡Oh! desde que salisteis de Niza se ha aumentado la familia de esta casa. ¿Os acordáis de vuestra presentación, en aquella ciudad, en casa de monsieur Olivier, hace cuatro años?
- CRIST. Yo lo creo: desde aquel día no he vuelto á ver á Enrique.
- LEON. Por mas señas, que vuestra marcha le costó una estocada á nuestro arístion.
- CRIST. ¿A monsieur Olivier? aquel caballerito tan preciado de sí mismo y tan encopetado? (*Leonardo hace un gesto afirmativo.*) Me alegro. ¿Y quién le dió tan merecida lección?
- LEON. El príncipe Traskin.
- CRIST. ¡Ah!... lo siento...
- LEON. ¿También conoceriais en aquella casa á una joven... á quien aquel hombre inducía á la desesperación?
- CRIST. Sí, su querida. Amigo mio, mi posición de desterrado me obliga á vivir en una sociedad que seguramente no es la mía, y mi existencia de soltero me hace encontrar por do quier á esas mujeres que pertenecen á todos y á ninguno. Me hablan y las respondo; pero como tengo mis ideas fijas respecto á la perniciosa influencia que suelen ejercer sobre los hombres, ni las conozco... ni quiero conocerlas.
- DOCT. Amargas son vuestras palabras, señor Conde, y de seguro sentireis haberlas pronunciado, cuando conozcáis, como yo la conozco, á la que las ha motivado.
- CRIST. ¿Cómo!
- DOCT. ¿Creeis que el doctor Montéi inclinaría su cabeza cana por sesenta años de una vida sin tacha, ante una mujer indigna de aprecio? ¡Ay, señor Conde! Si hubierais estudiado menos la política y mas el corazón de la mujer, sabriais que cuanto mas nobles son sus sentimientos y su educación mas esmerada, mas fácil es á veces engañarla... Por eso yo quiero... y respeto... á Magdalena. En lugar de Olivier, aquella víbora cubierta con piel seductora, poned á su lado á nuestro buen Enrique, á quien tanto amais, y no tendreis valor para condenar á la arrepentida pecadora. El hombre forma á la mujer: la mujer solo adora al hombre. La infeliz Magdalena, entusiasta por su amante, procuraba engañarse

sobre sus defectos: un día apareció á sus ojos la horrible verdad, y cuando vió el frío y repugnante egoismo de aquel viejo de veinticinco años, la pobre mujer, abandonada, comprendió que solo le quedaba una horrible alternativa; la deshonra ó la muerte. Sin vacilar eligió la muerte... y se arrojó al mar.

CRIST.

¿Qué decía?

LEON.

Enrique y yo paseábamos en una lancha, y tuvimos la dicha de salvarla. Enrique la recogió en su casa, tratándola al principio como á una hermana; pero muy pronto... *(El ruido de un coche le corta la palabra. Movimiento fuera de criados, que van y vienen.)*

MAG.

(Se e y se dirige corriendo á la ventana.) ¡Es él, Leonardo: es él! *(Se detiene sorprendida al ver á Cristian. Enrique ha entrado en escena y la estrecha en sus brazos.)*

ESCENA III.

DICHOS, MAGDALENA, ENRIQUE.

ENR.

¡Magdalena mía! ¿Y nuestro hijo?

MAG.

¡Enrique!... *(Queriendo imponerle algunas reservas.)*

ENR.

Pues qué, ¿olvidas que hace seis meses que no me dejas respirar mi uniforme de diplomático? ¡Seis meses lejos de tí... y de él!

MAG.

Pero repara que no estamos solos.

ENR.

(Volviéndose y viendo á Cristian.) ¡Cómo! ¿Eres tú, Cristian? ¿Qué feliz ó inesperado encuentrol? ¿De dónde vienes? ¿Qué has hecho en tanto tiempo? Aunque no sé por qué me sorprende, pues un presentimiento secreto me decía que pronto nos abrazaríamos. *(Le abraza, y estrecha la mano á Magdalena.)* Anteayer, sin ir más lejos, cuando el embajador tuvo la bondad de felicitar-me en Viena por el buen éxito de mi misión, le hablé de tí, porque constantemente te tengo en la memoria. ¡Siempre tan bondadoso!

CRIST.

ENR.

Si soy bueno, es porque os tomo á ambos por modelo. *(A Magdalena y á Cristian.)* Vos habéis formado mi corazón, y todo lo que soy os lo debo. *(A él.)* ¡Si supieras cuánto te amo. *(A ella.)* ¡Es mi mejor amigo!... Teníndoos como os tengo en este momento á mi lado, nada falta á mi felicidad.

- DOCT. (*Sonriendo.*) Y bien... ¿los demás no entramos en la cuenta?
- ENN. ¡Ah! perdonad, Doctor; perdona, Leonardo; pero hace tanto tiempo que no soy tan dichoso! ¡Mi querida Magdalena!... Te encuentro tan bella como te presentabas á mi imaginacion á todas horas. Un poco pálida, sin embargo. (*Magdalena tose.*) ¡Cómo! ¿Todavía esa tos... teniendo el doctor á tu lado? ¿Es decir que me engañabas en tus cartas... y vos tambien (*Al Doctor.*) cuando me deciais que el mal iba á desaparecer?
- DOCT. (*Ocultando su emocion.*) No tal... no se os engañaba... pero... En fin, mas tarde hablaremos de eso. Ahora voy á ocuparme de Magdalena.
- ENN. ¿Y mi hijo? ¿No me hablais de él? ¿Supongo que está bueno?
- MAG. No está enfermo, pero si delicado. La pobre criatura no goza de mejor salud que su madre.
- ENN. (*Alarmado.*) ¡Cómo! ¿Qué?...
- DOCT. (*Cortado.*) No hagais caso. Las madres se alarman fácilmente. En fin, ya os dicho que despues nos ocuparemos de ese asunto.
- ENN. ¿Pero no hay peligro, verdad?
- DOCT. No, no... (*A Magdalena.*) Venid, hija mia.
- MAG. (*Que habla á Leonardo.*) Ya os digo, Doctor.
- ENN. ¿Qué le decis á Leonardo? Apuesto á que estais proyectando alguna buena hora.
- MAG. (*A Enrique.*) Lo has acertado. Le mostraba dos mendigos, calados por la incesante lluvia que está cayendo, y como transidos de frio. Quiero hacerles una limosna, para celebrar tu regreso.
- ENN. Haces bien, Magdalena. Dar al pobre, es prestar á Dios.
- LEON. Entonces, mas que caridad es usura.
- MAG. (*Vaciando su bolsillo.*) Hé aqui mi parte. La tuya, Enrique.
- ENN. (*Mismo juego.*) Héla aqui.
- CRIST. (*Dando una moneda.*) Tambien yo quiero contribuir con mi escoto.
- LEON. Y yo no he de ser menos. (*Dá otra moneda.*)
- DOCT. Ni yo. (*Dá otra.*)
- MAG. (*A un criado.*) Llevad este dinero á aquellos pobres. (*Se les muestra desde el balcon.*)
- LEON. (*Al criado.*) Y cuando volvais, servid el almuerzo al se-

- ñor Marqués. (*Vase el criado.*)
- ENN. ¡Cuán feliz soy al ver tus rasgos de bondad y de ternura!
- MAC. (*Desde la ventana.*) José les entrega el dinero... el joven le besa la mano, y el anciano le echa su bendición... Ah... ¡bendígalos á ellos el cielo! (*Al Doctor.*) Vamos, Doctor. (*A Cristian.*) Caballero... (*Cristian le devuelve un saludo frío.*) Enrique, me separo de tí, pero por pocos momentos. (*Vase Magdalena con el Doctor.*)
- LEON. También yo voy á cuidar de que los criados lo preparen todo en tus habitaciones. (*Vase.*)

ESCENA IV.

CRISTIAN, ENRIQUE, un criado que sirve el almuerzo en el velador que hay junto á la chimenea.

- ENN. Vamos, querido Cristian; acompáñame á almorzar: así hablaremos mejor: cuando como solo me falta el apetito. (*Se sientan. El criado les sirve.*) Cuéntame qué ha sido de tu vida, qué te has hecho durante el tiempo que no nos hemos visto. Me parece que habrás corrido el mundo, sin hallar lo que tu noble alma desea. (*Vase el criado á un gesto de Enrique.*)
- CRIST. Desgraciadamente lo has acertado. Empecé mi viaje lleno de entusiasmo y de nobles aspiraciones hacia el Nuevo Mundo, creyendo que iba á encontrarlo diferente del viejo... ¡Qué desengaño! En el árido campo de mis ilusiones ha nacido la duda, y regreso con el corazón destrozado! Tengo en el alma el amargo desaliento del marinero, que agotadas sus fuerzas de luchar contra la borrasca, acaba por perder de vista el faro que apercibía en costa lejana, y que era su última esperanza.
- ENN. Veo con sentimiento que no estás curado, amigo Cristian, porque vagas por los espacios imaginarios. Los hombres y las cosas hay que aceptarlos tal cual son; y cree que hay hombres buenos y mujeres buenas.
- CRIST. Sí: pero tú, moralista é indulgente al propio tiempo, tienes precisamente en tu casa...
- ENN. (*Interrumpiéndolo.*) No sigas, Cristian, porque vas á cometer una injusticia.
- CRIST. Luego crees adivinar...
- ENN. ¿Lo que ibas á decir? Sí: y hasta lo que piensas. ¿De

qué me serviría, si no, conocerte como te conozco? Te repito que tú posees toda mi amistad, como ella posee mi amor. ¡Ah! no puedes sospechar siquiera la grandeza de alma de la mujer á quien ibas á censurar. Sin Magdalena, sería yo todavía el colegial ocioso, el elegante desocupado, á quien reprendías con tanta razón; pero gracias á ella, que me inspira nobles ambiciones, sirvo hoy á mi país en un destino de elevada categoría: tu amistad era la lógica, pero su amor fué la persuasión. Perdóname si te hablo con el corazón en la mano. ¡Si supieras con qué cariñosa afección llenaba en tu ausencia el papel que te habías impuesto en mi vida!.. Cuántas veces me repitió: «hacia bien vuestro amigo Cristian en deciros á menudo que el que lleva un nombre distinguido, debe servir con gloria á su país.» Ahora conozco cuánta razón tenía: no es digno de la nobleza, el que cree que la corona de conde ó de marqués no obliga á nada; que solo sirve para grabarla en sus tarjetas, y las armas que adquirieron con sangre sus ascendientes para pintarlas en las portezuelas de su coche.

CRIST. ¡Oh! Me alegro oírte hablar así.

ENN. Hé ahí, pues, porque es á ella á quien debo mi elevada posición; por que tu amigo Enrique vuelve solo para recibir sus pasaportes como embajador, y por que de aquí á poco tiempo será probablemente llamado á formar parte del ministerio.

CRIST. ¡Todo por ella!

ENN. Cuando el cielo nos dió un hijo... ¿No te he dicho que tengo un hijo?.. Ah, sí: recuerdo que he hablado de él delante de tí. Cuando ese ángel de Dios vino al mundo para anudar el lazo que nos unió para siempre, mi primera idea, mi primera inspiración, fué ofrecerla mi nombre.

CRIST. ¡Tu nombre!

ENN. ¡Oh! pero ella no le aceptó. Me parecía oírle todavía: «el pasado no se olvida! no quiero que el marqués de Casteltontí se vea insultado, ni tenga que avergonzarse de su compañera.»

CRIST. ¡Ah! Enrique, confieso mi error. Veo que es una mujer de nobles sentimientos, y deseo vivamente estrechar su mano.—¿Pero entonces... debes amarla con locura?

Ena. ... La amo como si fuese su padre, mas que un hermano... y tanto como un amante. (Al Doctor, que entra con la flauta en la mano.) ¡Ah, sois vos, Doctor?

ESCENA V.

Bienos y el Doctor.

Ena. ... ¡Acabais de dejar á Magdalena... y venis pálido y alterado!.. ¿qué ocurre?..

Doct. Tengo que hablaros.

Ena. ¿Qué tono misterioso!.. ¿Se trata sin duda de ella?

Doct. Sí.

Crust. Me retiro.

Ena. ... (Conmovido y vivamente) Oh, no: no me dejes... un presentimiento me dice que voy á necesitar de todo mi ánimo... Doctor, juradme por la vida de mi hijo que la de Magdalena no corre peligro alguno.

Doct. La desgraciada, cuyo corazon sufrió tan duros reveses, no se ha restablecido nunca completamente del fatal accidente de Niza. La desesperacion la consume y la vergüenza mina su corazon.

Ena. Vuestras palabras me hielan de espanto... No me atrevo á creer... pero en fin, hablad.

Doct. Habeis dicho bien: necesitais de todo vuestro valor. La pobre Magdalena... no pasará el invierno: caerá con las hojas... y la ciencia, que pueda certificar el mal, no basta á combatirlo.

Ena. ¿Cómo! Oh! he oido mal sin duda!.. ¿Verdad que no habeis dicho?... ¿que no habeis podido decir?... ¡Ah Magdalena!.. ¡Mi adorada Magdalena!.. Ahora es cuando conozco lo mucho que la amaba... ¡Ah! no sois justo, Dios mio, porque solo al arrebatárnosla es cuando nos haceis comprender cuán queridas nos son las prendas que nos habeis dado.

Crust. (Rodeándola con sus brazos.) Calmate, Enrique: tal vez que dé aun alguna esperanza... y luego, la razon...

Ena. (Desolándose.) ¡La razon! ¡Ella es quien nos separó! ¡Mi marcha es la causa de que pierda á ese ángel de ternura! ¡Si yo hubiera permanecido á su lado, predigándola cuidados y asiduidades, si hubiese sostenido con cariño esa pobre tórtola herida, la hubiera vuelto á la vida,

hubiera hecho!.. lo hubiera hecho todo! y no la perdería para siempre! ¡Pero escuché la razón, la fría razón... y partí!.. y la muerte se anunció en mi ausencia... para hacerme el mas desgraciado de los hombres! *(Los sollozos le ahogan y cae en los brazos de Cristian.)*

CRIST.

¡Amigo mío!

DOCT.

Ella llega... ¡Por Dios, Enrique, reponeos!

ENA.

(Se levanta vivamente, y enjuga con precipitación sus ojos.) ¡Ella! Que no sospeche... Vos, Doctor, habladle al primero, porque así... ¡Dios mío, cuánto sufro!

ESCENA VI.

DICHOS, MAGDALENA. Magdalena sale alegre y sonriendo, sin ver al Doctor. Enrique se ha sentado en un sillón delante de la chimenea, de espaldas á la escena para ocultar su rostro.

MAG.

¡Enrique mío! el Doctor me ha tranquilizado completamente; y no puedes figurarte cuánta es mi felicidad. No lo sentía tanto por mí, cuanto por pensar cuál sería tu dolor. Nuestro hijo se ha despertado, ven á verlo. ¡Calle! ¡El Doctor aquí todavía? *(Pausa.)* ¡Pero qué es eso? ¡Qué tienes, Enrique?

ENR.

(Enjugando disimuladamente sus lágrimas.) ¡Qué tengo? Ya lo sabes... El viaje... la fatiga...

MAG.

(Cogiéndole la cabeza con sus manos, y volviéndola á la luz para mirarle.) ¡Ah! ¡tú has llorado!... ¡Doctor, vos no me habeis dicho la verdad; mi mal es grave... y estoy perdido!

DOCT.

Hija mía, yo os aseguro...

MAG.

(Señalando á Enrique.) ¡Ya veis que llora!... y es porque sabe que va á perderme. *(Al Doctor.)* No debisteis haberme engañado. Pues qué, ¡olvidásteis que esta pobre madre necesita tomar sus últimas disposiciones, y que la infeliz querrá dar al que ama toda su alma con su último suspiro?

DOCT.

Y bien... ¡Abrazadle!... ¡y pensad en vuestro hijo!

MAG.

(Con serenidad.) ¡Gracias, Doctor!

CRIST.

(Acercándose enternecido á Magdalena, y estrechándola la mano.) Suceda lo que quiera, jamás olvidaré, señora, lo que habeis hecho por mi mejor amigo. Vamos, Doctor.

ESCENA VII.

MAGDALENA, ENRIQUE. *Momento de silencio. Enrique quiere hablar, pero vencido por el dolor, cae en un sofá. Magdalena corre á él, y coge su cabeza entre sus manos.*

MAG. ¿Amarás mucho á nuestro hijo, no es verdad? (*Enrique solloza.*) ¡Es tan triste para un niño no tener madre! ¡Ay! ¡yo muero joven, por no haber conocido á la mía!

ENR. ¡Magdalena!

MAG. ¿Me perdonas mi pasado y mis faltas, no es cierto?

ENR. ¡Ay!... ¡tus palabras me destrazan el corazón!

MAG. ¡Es que eso es todo! ¡Estimada de los otros, y habiéndolo podido estimarme á mí misma, tal vez viviría... y viviría dichosa! (*Enrique estrecha sus manos apasionadamente.*) Veo que me perdonas. Eres bueno y generoso. Pero mi hijo... ¿qué pensará un día de su madre? Ensénale á amarla y á respetar su memoria... Luego... mas tarde... porque tú eres joven y bondadoso, y todo el mundo debe amarte... Además, tu corazón necesita afección y cariño; entonces, cuando yo no esté allí, véla y cuida que la que me remplace cerca de mi hijo... ¡su madrastra! ¡Ah, hago mal en llorar así; pero Dios mío, también es horrible no poder velar por el porvenir del hijo de mis entrañas!... (*Se sienta al lado de Enrique.*)

ENR. Magdalena: si el fallo del Doctor fuese desgraciadamente cierto, seria un crimen el rehusar en esta hora suprema mi nombre á nuestro hijo; mi nombre, que ha de ser lo mas honroso de su herencia.

MAG. ¡Ah! calla, y no me hagas perder la razón. (*Desde este momento se la ve desfallecer.*) Tan cerca de la tumba aceptaría y... ¡Calla, calla!... Mi corazón te ama, y te pertenecerá hasta el último latido, pero...

ENR. ¡Magdalena!...

MAG. (*Desfalleciendo.*) ¿Qué tristeza morir!... ¡Empezaba á ser para mí tan dulce la vida!... (*Se desmaya.*)

ENR. ¡Magdalena!.. (*A sus pies.*) Vuelve en tí... ¡Habládme!.. ¡Doctor!... ¡pronto!... ¡Leonardo!

ESCENA VIII.

DICHOS, y el Doctor.

DOCT. ¿Qué ocurre?

ENR. ¡Pronto!... Acercaos.

DOCT. (*Le pulsa y la observa.*) Un desmayo solamente, causado por la emoción... Por ahora no hay cuidado, aunque estas crisis son peligrosas.

ENR. ¿Pero no hay remedio?...

DOCT. ¡Antes de un mes habreis quedado solo, para velar por vuestro hijo!

ENR. ¡Solo!

DOCT. Conteneos... vuelve en sí.

MAG. ¿Qué es lo que he soñado? ¡Ah! ¿sois vos, Doctor?... ¿eres tú, Enrique?

ENR. ¡Si, Magdalena; si, esposa mía!

MAG. ¡Tu esposa!

ENR. Doctor: os presento á la marquesa de Castelgontie... Mañana lo anunciaré así públicamente.

MAG. ¡Ah! ¡mi reconocimiento durará lo que mi vida; (*Con dolor.*) pero durará poco.

ENR. (*Sosteniéndola entre sus brazos.*) No, tú vivirás: te salvará mi inmenso cariño.

MAG. ¡Si yo creyera vivir no aceptaría tu generoso sacrificio... pero lo acepto por mi hijo... y para que Dios me perdone.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Paris. En el palacio de la Duquesa.

Salones de recepcion, donde tiene lugar un gran baile de la mas escogida sociedad.

Una riqueza esplendente y un buen gusto esmerado se observa en la combinacion de los adornos y detalles.

Orden de la decoracion.

Primer término.—Hasta el tercer bastidor, salon de descanso, con tres grandes puertas al fondo, que dejan ver el salon principal. Una gran puerta en cada primer bastidor de ambos lados, que permiten descubrir asimismo otras salas de comunicacion, adornadas con el mismo gusto.—En el primer término de la derecha, cerca de la puerta del mismo lado, un sofá: un poco mas atrás, y hacia el centro, un vis-à-vis. Alrededor dos ó tres sillas en desórden. Junto á la puerta de la izquierda una butaca, despues una chimenea, lujosamente parada. Otras dos butacas en el fondo de este salon. Dos arañas, y dos grandes candelabros en la chimenea.

Distribucion de los personajes.

El Doctor, apoyado de espaldas en la chimenea, habla con la Baronesa y otras dos señoras. La Duquesa, con un gran ramo de flores en la mano, cerca de la puerta del centro, recibe sus convidados.—Una señora se halla recostada en el sofá, y un caballero que está de pié, detras, habla galantemente con ella. En la sala de la izquierda, varios caballeros juegan al ecarté.—Otros leen en la de la derecha, alrededor de una mesa cubierta de periódicos.

Segundo término.—Hasta el fondo del teatro, magnífico salón de baile.—En medio, casi en el fondo, un canapé circular, con respaldar comun en el centro, ocupado por señoras que hablan con sus amigos. Un sofá enfrente de cada una de las otras dos puertas, ocupados igualmente por señoras. Muchos convidados con bandas y condecoraciones, pasean en distintas direcciones. Tres grandes arañas alumbran este segundo salón.

ESCENA PRIMERA.

LA DUQUESA, la BARONESA, la CONDESA, su hija, el DOCTOR, un LACAYO, convidados.

LAC. *(Anunciando desde la puerta del fondo.)* El señor marqués de Flermont. El señor conde de Remur. S. E. el embajador de Nápoles. *(Todas estas personas pasan por el fondo y saludan á la Duquesa.)* La señora condesa de Bely. La señorita de Bely.

DUQ. *(Recibiendo con cariño á la Condesa.)* ¡Ah!.. ¡Al fin habéis llegado, querida Condesa! *(Bajando al proscenio.)*

COND. Perdonad, amiga mía: pero el tocado de una jóven de quince años, es un negocio de la mas árdua importancia. Empieza á las ocho, y rara vez se termina antes de la una. *(Se oye dentro una contradanza.)*

DUQ. En cambio puede decirse, al ver á Berta, que es un tiempo muy bien empleado.—Permiteme que te bese, hija mía. *(Le dá un beso en la frente. Continúan hablando entre sí. La dama que ocupa el sofá pasa al salón de baile cogida del brazo del caballero. Los jugadores se retiran por las habitaciones interiores.)*

DOCT. *(A una de de las señoras que le rodean.)* ¿Y vos, Baronesa, no tenéis algo que consultarme?

BAR. ¡Ay!.. ¡Sería demasiado largo!..

DOCT. No importa. Veamos.

BAR. ¡Es una cosa tan extraña! ¡Desde hace algunos meses me hallo dominada constantemente de una melancolía sin igual!

DOCT. ¡Oh!.. ¿y qué mas?

BAR. Quisiera verme muerta.

DOCT. ¡Diablo! Eso no es fácil.
BAR. No tengo apetito, y cuando no suspiro... bostezo.
DOCT. ¿Y despues?
BAR. Despues...
LAC. *(Los interrumpe anunciando.)* Monseñor el principe Traskin. *(El Doctor y la Baronesa continúan hablando entre sí. La Condesa y su hija se unen al grupo.)*

ESCENA II.

DUQUESA, TRASKIN, DOCTOR.

DUG. *(Yendo á recibirlo.)* ¡Príncipe! ¡Qué agradable sorpresa! ¿Vos en Paris?
TRASK. He llegado hoy mismo de San Petersburgo.
DUG. ¿De suerte que no sabreis aun las nuevas que hay en la corte?
TRASK. Absolutamente, Duquesa.
DUG. Tanto mejor, porque así tendré el gusto de ser la primera que os las dé á conocer. Las personas que vienen de palacio, donde el duque, mi esposo, ha sido llamado para la formacion de un nuevo gabinete, me aseguran que... Veamos. Sé que vais á alegraros. Adivinad.
TRASK. No me será difícil, Duquesa, si es que vais á hablarme del marqués de Castelgontié.
DUG. ¡Cómo! ¿Sabeis?...
TRASK. Apenas hubo llegado, mi primera diligencia fué informarme del Marqués, que es, os lo aseguro, el hombre que mas aprecio y estimacion me merece.
DUG. Su candidatura para una de las carteras del nuevo ministerio goza de tal popularidad... de tal favor... Vamos, ¿qué decis de eso, Príncipe?
TRASK. Digo, Duquesa, que no podria hacerse mejor eleccion. Há tiempo que pronostiqué á nuestro amigo las mas altas dignidades, y mi amor propio se lisonjea al ver que mis predicciones se realizan. Por otra parte, la poderosa proteccion de vuestro esposo, que le ha servido de segundo padre, no podia menos de hacerse conocer en esta ocasion. Supongo que el Marqués será del número de vuestros convidados.
DUG. ¿Quién lo duda! Y ademas debe traernos tambien á su esposa, cuya presentacion le ha anunciado al Duque.

- TRASK. Ignoraba que se hubiese casado.
 DUQ. Ya lo creo: habeis pasado tanto tiempo en la Siberia...
 TRASK. Perdonad, Duquesa. ¿Quién es ese caballero? *(Indicando al Doctor.)*
 DUQ. El Doctor Montél. ¿Le conocéis?
 TRASK. He tenido el honor de encontrarme con él en Italia, hace algun tiempo.
 DUQ. ¡Ah! En ese caso voy á deciros todo lo mal que pienso de él. —Acercaos, Doctor.
 DOCT. Señora Duquesa... *(Acercándose.)*
 DUQ. Le decia al príncipe Traskin, que os conoce, *(Los dos se saludan.)* que sois un hombre muy peligroso.
 DOCT. La señora Duquesa me adula.
 DUQ. *(Al Príncipe.)* ¿Creeréis que trae á retortero á todas nuestras bellezas de París?
 DOCT. No: su excelencia no lo cree.
 DUQ. Que las hace charlar toda la noche, y que las tiene encadenadas, por decirlo así, con su picante conversacion.
 DOCT. ¡Oh! *(Disculpándose.)*
 DUQ. Si, si; ruborizaos.
 DOCT. Soy incapaz de ello, señora. *(Cómicamente.)*
 DUQ. En castigo, vais á entretenerlas hasta la hora de la cena.
 DOCT. Haré cuanto esté de mi parte. *(Saluda á Traskin y este le devuelve el saludo, pasando en seguida al salon del baile, dándole el brazo á la Duquesa. Las damas rodean inmediatamente al Doctor.)*

ESCENA III.

El DOCTOR, la CONDESA, BERTA, la BARONESA y dos SENORAS.

- BAR. Doctor, ¿no es ese el príncipe Traskin?
 COND. *(Al Doctor.)* ¿Un potentado ruso?...
 SEÑ. 1.^a ¿Un amigo del marqués de Castelgontíé?
 BAR. ¿Y es muy joven todavía! ¿Verdad, Doctor?
(Todas estas preguntas han sido hechas con suma viveza.)
 DOCT. ¡Shas!... Poco á poco, señoras. Procedamos por órden. ¿A cuál de vuestras preguntas debo contestar primero? ¿Hablamos del Marqués, ó empezamos por el Príncipe?
 COND. Empecemos por el Marqués.

- DOCT. Y bien : ¿qué quereis saber?
- COND. ¿El marqués de Castalgontíe es jóven?
- DOCT. Sí.
- BAR. ¿Guapo?
- DOCT. Sí.
- SEÑ. 1.^a ¿Rico?
- DOCT. Sí.
- BERTA. ¿Viudo? (*Las señoras se echan á reir.*)
- COND. ¿Berta! (*En tono de reconvención*)
- BERTA. ¿Qué he dicho de ridible, Doctor?
- DOCT. Nada, hija mia.
- BAR. No se os puede explicar.
- BERTA. Yo lo explicaré claramente... si mamá me lo permite.
- COND. ¿Tendría que ver!...
- DOCT. ¿Por qué no? Veamos.
- COND. Obedece, pues, al Doctor.
- BERTA. He oido contar una historia muy interesante sobre el matrimonio del Marqués, y no presumía que tuviera la dicha de conservar su esposa.
- COND. En efecto, yo tambien la recuerdo. ¿No se trata de un matrimonio *in extremis*?...
- DOCT. Justamente. Un matrimonio *in articulo mortis*.
- BAR. ¡*In articulo mortis*! ¡Y yo que deseo tanto morir!
- COND. ¿Quisierais hallaros en su lugar?
- BAR. ¡Oh, sí!
- DOCT. Ya lo creo. Está buena y sana, y su marido es una arrogante figura.
- BAR. (*Con cierto disgusto.*) ¡Ah! ¿No ha muerto?
- DOCT. ¿Eso os disgusta?
- BAR. No; pero eso destruye la novela.
- COND. ¿Y quién es el ignorante que pronosticó esa muerte?
- DOCT. El doctor Montéi.
- TODAS. ¡Vos!
- COND. ¡Oh!... perdonad...
- DOCT. ¿De qué, señora? Nunca me he sentido tan dichoso como el dia en que me convencí de mi error. Es el único ejemplo que he encontrado en mi larga carrera.
- COND. ¿Cuál era, pues, su enfermedad?
- DOCT. Una neurosis aguda, causada por el sentimiento, y que la felicidad ha hecho desaparecer.
- BAR. ¿Y es muy bella vuestra enferma?
- DOCT. Como no es posible serlo mas.

- COND. ¿De qué familia descende?
 BAR. ¡Oh! Un Castelgontí no puede haberse unido sino á una de las principales de Francia. ¿No es cierto Doctor?
 TODAS. (Al Doctor.) Veamos.
 (La conversacion es interrumpida por Ribopier, que viene sin sombrero, muy fatigado del baile y haciéndose aire con su pañuelo.)

ESCENA IV.

DICHOS y RIBOPIER. A poco OLIVIER y LUISA.

- RIB. ¡Oh!... ¡El wals, el wals! (Viendo al Doctor y dándole la mano.) ¡Hola, Doctor! Siempre rodeado de vuestra encantadora clientela! (Saluda á las damas: estas ocultan una sonrisa.)
 BERTA. (Ap. á las señoras.) ¡Qué raro es! (Las señoras ríen, y van á sentarse en el sofá.)
 DOCT. (Bajo á Ribopier.) Cuidado, amigo mio; vuestra galantería es peligrosa.
 RIB. (Idem.) ¡Mi mirada, Doctor, mi mirada! ¡Es un fuego irresistible!
 LAC. (Anunciando.) Monsieur y madame Olivier.
 RIB. ¡Diantre! Tomemos cierto aire de gravedad. Mi yerno es hombre que teme siempre comprometer su corbata blanca.
 DOCT. ¿Y vuestra hija?...
 RIB. No es la media naranja de monsieur Olivier. Es lo único que puedo decirlos.
 (El Doctor se separa de él y vá al grupo de señoras. Olivier aparece en el fondo, dando el brazo á Luisa. Olivier viste con suma elegancia: traje negro y corbata blanca. Su aire es grave, su ademan se vero, su fisonomía revela el deseo de aparecer un hombre de importancia. Está mas pálido que en el primer acto. Trae puestos los lentes-quevedo. Luisa, tocado rico y elegante, trae violase y un gran ramo en la mano.)
 RIB. (Yendo á ellos.) ¡Estás encantadora, hija mia! Buenas noches, Olivier! (Á Luisa.) ¡Magnífico ramo!
 LUISA. Dejadme... ¡Estoy furiosa!
 (Se suelta del brazo de Olivier y viene al proscenio con Ribopier. Olivier se inclina con gravedad delante de las damas, y viene despues lentamente al lado de su esposa.)

RIB. ¿Pues qué ocurre?

LUISA. La alta sociedad es de una insolencia que no tiene ejemplo. ¿Queréis creer que ni los lacayos de la antesala parece que hayan reparado en mi tocado? Atravieso esos salones, y ni el mas sencillo elogio, ni la mas ligera galanteria.—Despues de todo, la culpa es solo vuestra.

RIB. ¡Mia!

LUISA. ¡Un nombre! Siempre os lo he dicho; ante todo es necesario un nombre! ¿Qué ha de significar en el mundo madame Olivier?

OLIV. *(Que se halla cerca de ellos.)* Puede ser que algun dia signifique mucho.

LUISA. Siempre me repetís lo mismo. ¿Cuándo se cumplirá vuestra profecia?

OLIV. Eso dependerá de vos. La guerra intestina que me hacéis sin tregua ni reposo, me atormenta y encadena. Dejadme, os lo ruego, seguir mi camino, sin entorpecer mi marcha. El objeto está al fin. No sois el grano de arena que me impida llegar á él.

LUISA. Dad á un hombre vuestra juventud y vuestra fortuna para vivir así. *(Ribotier vá á hablarle.)* Dejadme. ¡Soy muy desgraciada!

RIB. *(A Olivier.)* Hé aqui el bache, amigo mio. Yo os lo predije. El carro conyugal...

OLIV. ¿Qué?

RIB. Veo una piedra debajo de la rueda. Se me figura que vais á volcar.

OLIV. *(Bajo á Ribotier.)* Es preciso que yo os hable.

RIB. Esperad: Doctor. *(El Doctor se acerca.)* Presentad mi niña á esas señoras. Necesito hablar con mi yerno...

(El Doctor hace aparte un gesto de disgusto, pero conduce de la mano á Luisa y la presenta.) Y bien... ¿qué hay?

OLIV. Hay... que vos sois la causa de todo.

RIB. ¡Calle! ¿Vos tambien? ¿Es decir que para vos y para ella tengo yo la culpa?... Hijos míos, presento mi dimision. Por de pronto estais casado en toda regla. Arreglaos como podais. Empiezo á conoceros bien, y no gusto de que me sermoneen. Eso me hace recordar á mi difunta, y toda la sangre se me altera.

OLIV. Pero es que se trata de una cuestión de porvenir. El marqués de Castelgontié, á quien recibí en Niza, ya os

acordareis, y que me ofreció su amistad y su protección, va á ser ministro. Mañana aparecerá su nombramiento. Esta noche va á venir aquí; acaso haya venido ya. Es necesario que me presente á él; y si quereis acompañarme, lo buscaremos por esos salones y seguiremos nuestra conversacion. (*Le da el brazo.*)

RIB. Con mil amores. Desde el momento que os mostrais razonable... (*Váase por el fondo.*)

ESCENA V.

DICHOS, menos RIBOPIER y OLIVIER. Despues, ENRIQUE y MAGDALENA.

COND. El Doctor ha tratado de entrenarnos, y como sabia que su héroe no ha de venir, ha querido representárnoslo como un semi-dios.

BAR. Acaso esté enfermo, como yo.

DOCT. No es probable.

COND. Entonces, será que su mujer es fea.

BAR. Y que no se atreve á presentarse.

COND. De seguro que no vendrá.

LAC. (*Anunciando.*) El Marqués y la Marquesa de Casteltontíe.

TODAS. ¡Ah! (*Miran al fondo con curiosidad. Enrique y Magdalena aparecen del brazo, y son saludados por varias personas en el primer salon. Magdalena viste con elegancia y buen tono. En su rostro se ve toda la felicidad de su modesta alma. La Duquesa ha salido por la primera puerta de la izquierda.*)

DUQ. (*Despues de saludar graciosamente á Magdalena.*) (*A Enrique.*) Llegad, héroe de la fiesta. Hace dos horas que resuenan en mis salones vuestro nombre y vuestra fama.

ENR. ¡Querida Duquesa! (*Estrechándole la mano.*)

DOCT. (*A Enrique ídem.*) Que yo sea el primero que os felicite.

ENR. ¡Mi buen Doctor!

DOCT. Seais muy bien venido, Enrique.—No es al poderoso de hoy, á quien estas palabras se dirigen, si no al amigo de ayer.

ENR. Y es el amigo de siempre el que las recibe, con la gra-

- titud que debe á vuestras bondades.
- Duq. Pero presentadme la Marquesa, aturdido.
- Enn. *(Presentádosela.)* Mi esposa. *(A Magdalena.)* La Duquesa, mi segunda madre.
- Duq. En efecto, señora; Enrique ha sido casi un hijo para nosotros. Permitidme creer que vos... que vos sereis tambien nuestra hija.
- MAG. *(Con tierna gratitud.)* ¡Ah! ¡señora! ¡Qué he hecho yo para merecer vuestras bondades!
- Duq. Sois bella, Marquesa; y yo he creído siempre que la belleza es el sello conque Dios marca las criaturas de su predileccion. ¿No pensais vos lo mismo, afortunado Enrique.
- Enn. ¡Oh, sí! ¡muy afortunado, muy dichoso! Tanto, que se me figura por lo mismo que me amenaza alguna gran desgracia. Ignoro lo que el porvenir me reserva, pero hasta aqui mi vida ha sido una larga expansion de ventura. La Providencia la ha coronado, dándome la mejor de las esposas; y cuando vos la acogeis, como me acogisteis en otro tiempo, os bendigo con toda mi alma, pues que quereis ser dos veces mi madre.
- Duq. Vamos... vamos... si nos enternecemos estamos perdidos.—Venid, marquesa; huyamos de estas elegias.
- MAG. Señora... *(Dudando y mirando á Enrique)*
- Duq. ¡Oh! No tengais cuidado. Os llevo á ver á mis hijas.—¿Enrique os habrá dicho, no es cierto, que encontrarais aqui una segunda familia? Pues bien, venid al lado de vuestras hermanas.
- Enn. *(Pasando á Magdalena al lado de la Duquesa.)* No me priveis de ella mucho tiempo.
- Duq. ¿Quereis dejarnos en paz, celoso? Hasta muy pronto. *(Vase por la puerta de la izquierda, dando el brazo á Magdalena. Enrique las acompaña hasta la puerta, y las sigue despues con la vista.)*

ESCENA VI.

EL DOCTOR, ENRIQUE, las señoras, despues el EMPLEADO, despues TRASKIN.

- BAB. *(Ap. al Doctor indicándole á Enrique.)* ¡Es muy elegante!
- Doct. Cuidado no os oiga vuestro marido. *(La Marquesa vuel-*

- COND. *(Se la cara rápidamente hacia el fondo.)*
 (Bajo al Doctor.) No he visto bien á su señora.
 DOCT. Lo comprendo.
 BAR. Presentádnoslo, Doctor.
 DOCT. Pero...
 TODAS. Presentádnoslo.
 DOCT. Sea.—Querido Marqués, es absolutamente necesario que os dejes felicitar por estas damas, que quieren saludar al nuevo ministro.
 ENR. *(Yendo á ellas y saludándolas graciosamente.)* ¡Oh! ¡todavía no!
 COND. Está tan próximo... que nos permitiréis ser las primeras en daros ese título.
 ENR. *(Acercándose á Enrique y saludándolo.)* Mañana tendré el honor de ir á presentar mis felicitaciones oficiales al señor ministro.
 DOCT. *(Bajo á Enrique.)* Es un empleado de vuestra secretaria. ¡Ya veis como no se duerme!
 ENR. *(Al Empleado.)* Os agradezco infinito... Pero mi nombramiento no ha aparecido todavía.
 DOCT. Aparecerá mañana.
 EMP. Pues si yo creí que que había aparecido ayer... *(Se acerca á las señoras y les habla en este sentido.)*
 DOCT. *(Ap. á Enrique.)* Hé aquí uno que puede llamarse un adulator de la vispera.—El príncipe Traskin. Sin duda viene á confirmar la nueva.
 ENR. *(Yendo á él con alegría.)* ¿Vos aquí, príncipe?
 TRASK. He llegado hoy; me he presentado en vuestra casa, y ahora me siento dichoso al estrecharos la mano.
 ENR. ¿Sabeis?..
 TRASK. Es una elección honrosa, no solo para vos, sino para el país que vais á administrar.
 ENR. Príncipe... *(Estrechándole la mano. Olivier, que ha aparecido algunos momentos antes, se dirige á Enrique con la mayor amabilidad y cortesía.)*

ESCENA VII.

DICHOS y OLIVIER.

- OLIV. Permitidme, señor Marqués, que una á los elogios de todos mis humildes, pero muy sinceras felicitaciones.

- ENR. *(Que se ha estremecido al solo eco de su voz.)* ¡Eh!.
- OLIV. *(Continuando.)* Es una grande idea llamar al poder jóvenes y vigorosas inteligencias.
- ENR. *(¡Eh!)*
- OLIV. Vos abris la marcha... y nada mas justo. Esperemos ahora que otros os sigan muy pronto.
- ENR. *(Que palidece encontrándose al fin cara á cara con Olivier. Ap.)* ¡Ah, su rostro pinta bien la infamia de su alma!
- OLIV. ¡Supongo que el señor Marqués no habrá olvidado nuestro encuentro de Niza?
- ENR. *(Visiblemente, y con cierta agitación.)* ¡No!.. ¡Oh, no!
- OLIV. Entonces tuvisteis la bondad de ofrecirme vuestros servicios, y espero que hoy el ministro recuerde las promesas del amigo.
- ENR. ¡Del amigo!
- OLIV. Si la palabra es aventurada ó ambiciosa, la retiro.
- ENR. Acabemos. ¿Qué quereis? Yo... yo no os conozco. *(Movimiento de sorpresa de los circunstantes. Luisa permanece indiferente y tranquila.)*
- OLIV. ¡Eh!
- ENR. No os conozco, repito. *(Le vueltas la espalda, y cogiendo del brazo al Doctor, va á reunirse á Tristán, que al acercarse á Olivier, se retiró al fondo. Olivier queda absorto y confuso.)*
- ENR. *(A las señoras.)* ¡Cáspita! ¿Qué carácter tiene mi nuevo jefe! *(En este momento Ribopier entra aturdidamente por el fondo y va derecho á Olivier.)*

ESCENA VIII.

DICHOS Y RIBOPIER.

- RIB. ¡La he encontrado, carísimo Olivier!
- OLIV. ¿A quién?
- RIB. ¡A ella! ¡Está aquí!
- OLIV. ¡Ella!.. No os comprendo.
- RIB. En ese salon... ¡Viene hacia aquí!
- OLIV. ¿Aquí? ¿Pero quién?
- RIB. Vais á hablarle por mí, ¿no es cierto? Mirad. *(Indicándole á Magdalena, á quien no se ve todavía.)*
- OLIV. ¡Ah!

EMP. (A la Condesa, señalando del mismo lado.) ¿Quién es esa bella que viene del brazo de la Duquesa?

COND. La marquesa de Castelgontí.

OLIV. { ¡Eh! (Volviéndose rápidamente hacia la Condesa y quedando estupefactos.)

RIB. ¿Cómo! ¿Es posible que Magdalena sea?..

LUISA. (Vivamente, y viniendo á ellos.) ¡Magdalena!..

OLIV. (Imponiéndole silencio á Ribopier, y mostrándole á Luisa.) ¡Silencio! (Ap.) ¡Magdalena!.. ¡Ah!.. ¡Ahora comprendo la frialdad, el desden del Marqués! ¡Esta mujer me perseguirá toda la vida!

LUISA. (Que ha estado hablando bajo con Ribopier.) ¡Conque es ella! ¡Oh! Al fin voy á vengarme del orgullo de las grandes damas. (Habla bajo con las otras señoras.)

ESCENA IX.

Dichos, la DUQUESA, MAGDALENA.

DUO. Aquí la teneis, celoso impaciente. Ha alcanzado un triunfo completo! Os la dejo, bien á pesar mio; pero es preciso ocuparse un poco de todo el mundo.

MAG. Mil gracias, señora. (La Duquesa se vá por la puerta del fondo.)

ENC. Hasta despues, Duquesa. Ven, Magdalena: ven á conocer á uno de mis mejores amigos. Principe, permitidme que os presente mi esposa. (Magdalena mira al Principe, y se estremeca.)

TRASK. (Dominando su sorpresa.) Vuestra...

ENC. La marquesa de Castelgontí. (Traskin va á hablar, se detiene, saluda profundamente, y váse por el fondo. — Enrique, que tiene aun cogida la mano de Magdalena, siente su desfallecimiento.) ¿Qué tienes, Magdalena? ¿Qué tiene el Principe? (Nuevo estremecimiento de Magdalena al ver á Olivier, que se ha colocado á propósito, de manera que ella le vea.) ¡Ah!.. ¡si!.. ¡si! comprendo. La serpiente oculta entre las flores. (Mirando á Olivier con ira.) ¡Hombre maldecido!... — ¡Pero el Principe!.. ¡Tan bueno, tan generoso! ¡Sí: su frialdad y su silencio es el desprecio! El desprecio, porque... ¡Oh! ¡las palabras queman mis labios! (Luisa habla con animación en medio de un grupo de convidados, del que se

separan algunos, como para llevar una noticia á los otros salones.)

COND. ¡Cómo! ¡La Marquesa sería en efecto?..

LUISA. Cuando yo os lo afirmo...

BAR. ¡Eso es escandaloso!

COND. Es preciso prevenir á la Duquesa... *(Continúan hablando entre sí. Se oye tocar un vals. Magdalena se acerca á Enrique que continúa pensativo.)*

MAG. ¡Enrique!

ENR. *(Volviendo en sí.)* ¡Eh?.. ¡Ah!.. ¡Eres tú? El baile empieza de nuevo, ven: la música es el encanto de los corazonces, y somos tan dichosos!..

MAG. Amigo mío, me siento indispuesta, y desearia...

ENR. *(Dándole el brazo.)* ¡Es posible! Pues bien, reponte un poco, y nos marcharemos en seguida. *(Dirigiéndose con ella al grupo de damas.)* ¡Cuán buena es la Duquesa, no es cierto? ¡Y qué amablemente te ha acogido! *(Llega con Magdalena al grupo de señoras: hay un silencio sin ocupar, y hace que se sienta en él: las señoras se levantan silenciosas y afectando distracción, y pasan al salón de Baile.)*

ENR. *(Ap.)* ¡Se alejan! *(A Magdalena continuando y afectando serenidad.)* ¡Pues ya verás el Duque... que hombre tan bueno, y qué juicio tan elevado! *(Ap.)* ¡Nos bueyen! *(Enrique y Magdalena quedan solos en la escena. Magdalena no puede contener su pena.)*

MAG. ¡Dios mío! Dios mío!

ENR. No te alarmes por eso, esposa mía. El mundo evita al principio una pobre mujer que... Pero, no lo dudes, cuando se tiene un alma como la tuya, cuando mas tarde... la costumbre... Porque es preciso... ¡Ah! ¡Magdalena! ¡Esa gente me ha destrozado el corazón! ¡Enrique mío!

MAG. ¡Oh!.. ¡Ahora comprendo como se pervierten los mas nobles instintos! Yo era bueno, no es verdad? Pues bien; siento que la ira se apodera de mí.. ¡y esos miserables me han hecho malvado!

MAG. ¡Enrique!

ENR. Pero no temas que me abandone la calma. Además, podemos afligirnos sin reserva: no hay aquí ya quien espie nuestras lágrimas, quien pueda gozarse de nuestro dolor. ¡Todo el mundo nos huye!

- MAG. Pues bien; huyamos á nuestra vez del mundo. ¡Ah! ¡Yo lo habia previsto, Enrique! Mas me hubiera valido morir.
- ENR. ¡Oh! ¡No digas eso, Magdalena!
- MAG. Nadie se hubiera atrevido á insultar á la Marquesa de Castelgontí en su tumba! ¡Solo la muerte hubiera podido excusar nuestra union. ¡El amor, tus cuidados, tus respetos, han hecho un milagro devolviéndome la vida. ¡Ese es el mal! ¡Pero qué hacer ahora! ¡Dios mio! ¡Qué hacer!
- ENR. ¡Luchar!
- MAG. ¡No, no! ¡No podriamos resistir los golpes de la opinion! ¡La opinion es la gota de agua que va á minar lentamente la roca donde construimos el nido de nuestros amores!
- ENR. ¡Qué desees, en fin?
- MAG. ¡Huir! Habitar un paraje ignorado, donde podamos crearnos un mundo para los dos. ¡La sociedad quiere separarnos!.. ¡La soledad nos unirá!
- ENR. ¡Y permitir yo que te agobie el peso de un insulto mudo y cobarde? ¡Nunca! *(La coge del brazo.)*
- MAG. ¡Enrique! ¡Qué vas á hacer?
- ENR. Proseguir nuestro camino, la frente elevada, el corazon tranquilo. Llévate al lado del Duque... y mañana!.. ¡Oh! ¡no lo dudes; mañana, ninguno de esos cortesanos será bastante osado para insultar al ministro, desdiciendo á su esposa! ¡Ven!
- MAG. ¡Espera!..
- ENR. ¡Ven! ¡Yo lo exijo!
- (Don un paso hácia la puerta de la izquierda, donde aparece en el mismo instante la Duquesa, algo turbada.)*

ESCENA X.

DICHOS, y la DUQUESA.

- DUQ. ¡Ah! Sois vos, Enrique.
- ENR. ¿Me buscáis?
- DUQ. No. ¿Vais á marcharos?
- ENR. Al contrario, Duquesa, iba en busca de vuestro esposo.
- DUQ. *(Sin saber qué decir.)* Mi esposo... La verdad... en fin,

amigo mío; no sé cómo deciros... El Duque no recibirá esta noche.

ENR. ¿El duque?..

DUQ. Apenas hubo entrado en los salones, su primer cuidado fué preguntar por vos, Enrique; pero muy pronto lo redearon... y ese grupo, no se componía desgraciadamente de amigos vuestros... Yo me acerqué para anunciarle que os hallabais aquí... y su palidez era tal, que escité un momento mi cuidado. No sé lo que hayan podido decirle contra vos, pero...

ENR. ¿Y bien?

DUQ. Pero el Duque se retiró á sus habitaciones, rogándome que le siguiera.

ENR. ¡Ah!...

DUQ. Enrique, siempre me habeis dado el nombre de madre. Mis sentimientos por vos no cambiarán nunca, y cualquiera que sea el porvenir que os esté reservado, pensad en mí en vuestras dichas: si la desgracia os persiguiera... acudid á mí.

MAG. ¡Oh... gracias! gracias por él, señora.

DUQ. *(Después de haber besado á Magdalena en la frente.)* Adios, Enrique. *(Tendiéndole la mano.)*

ENR. *(Estrechándose.)* ¡Adios! *(La Duquesa se vá por la izquierda. En el salon de baile se vé á los convidados que se disponen á partir. Magdalena enfoga sus lágrimas. Enrique queda inmóvil con los ojos fijos en el suelo.)* Es decir... que todo lo que he amado... todo lo que mas respetaba... todo me abandona á la vez!... ¡Oh!... Esto es demasiado. ¿Y por qué? Porque he dado un nombre á mi hijo!... porque he querido rehabilitar una mujer! ¡Un hijo es sin embargo muy sagrado! ¡Es la sangre de nuestra sangre! ¿Y el mundo quiere, en nombre del honor, que yo lo abandone y lo vea despreciado? ¡Oh! ¡Eso es odioso!

MAG. ¡Enrique!

ENR. ¡Magdalena!... ¡Magdalena!... ¡He envejecido diez años en una hora! ¡Mi juventud se acaba! ¡Mis ojos pierden la venda que los cubría! ¡Veo el mundo tal como él es... y ¡ay! te lo aseguro, no es un bello espectáculo!

MAG. ¡Dios mío! ¡Dios mío!

ENR. *(Saltando al fondo.)* Esa gente que hace alarde de escrúpulos de honra... yo la conozco! ¡Se alejan... por-

que han logrado perderme! Nos huyen, porque temen que en mi limpia conciencia puedan reflejar sus vicios. (Algunos convidados se han acercado á la puerta del fondo.)

MAG.
ENR.

¡Salgamos, Enrique!

¡Oh... mezquinas inteligencias! ¡Pobres y serviles naturalezas! Yo os habia entrevisto en el curso de mi vida y os creia solamente necios; pero sois ademas malvados! (Algunos convidados curiosos entran en la escena y permanecen en el fondo, hablando entre si.) Preparaos á la lucha, porque á mi vez me dispongo á presentarme en la arena!... ¡Ay de vosotros todos los que me habeis insultado! Marquesa de Castelgontíe... vuestro brazo. (La da el brazo y se dirige al fondo. A los convidados.) ¡Plaza, señores!

(Todo el mundo se separa de la puerta. Enrique y Magdalena vánse por el fondo. Enrique con aire altanero, y digno al mismo tiempo.)

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO CUARTO.

Decoracion cerrada.

Un gabinete con muro saliente á la derecha, que ocupa dos varas de la escena, y deja libre el primer término: en la parte que dá frente al público, una puerta; detras la escalera por donde se sube á la habitacion. En el telon del fondo una gran ventana con vistas al campo. En el segundo término de la izquierda, una puerta que conduce á las habitaciones interiores.—Muebles antiguos.

ESCENA PRIMERA.

ENRIQUE, MAGDALENA, LEONARDO, LUCIANO. *Magdalena y Enrique están de luto rigoroso. Sobre un velador un retrato de niño (de una cuarta). Enrique, con los brazos sobre el velador, contempla el retrato. Magdalena, entregada á sus reflexiones, se halla sentada á otra mesa en el lado opuesto. Luciano y Leonardo, en primer término de la derecha, cerca del bastidor, hablan en voz baja.*

- LEON. ¿Y qué le has oido decir al señor Jorge?
LUC. Mil pestes contra mis buccos amos. ¡Qué hombre tan desagradecido! Despues que le llevé aquel generoso socorro de parte de la Marquesa.
LEON. Pero en fin, ¿qué decia?
LUC. Primeramente, que si hemos venido á habitar esta quin-

ta, es porque la sociedad de Paris rechaza á la señora Marquesa.

LEON. ¡Háse visto malvado igual!

LUC. Despues, (y esto lo repitió delante de todo el mundo) que si la sociedad la rechaza, es porque ella no rechazó á Mr. Olivier en otro tiempo: y como Mr. Olivier ha venido de prefecto á esta provincia, la malediceucia cree que es una casualidad buscada.

LEON. (Ap.) ¡Pobre Marquesa! ¡Cuán caro paga su falta! (Alto.) Tú debiste haberle contestado.

LUC. Ya lo hice, pero se reia en mis barbas, preguntándome si era tambien casualidad la venida al pais del príncipe Traskin, que segun Jorge, tuvo igualmente relaciones con la señora.

LEON. ¡Ah! ¡villano! ¡El Príncipe, que la ha servido de padre!..
—¡Silencio!

ESCENA II.

DICHOS, y CRISTIAN. *Luciano saluda y vñe.*

CRIST. Buenos días, Enrique.

ENR. Dios te guarde, Cristian. (*Un silencio.*)

CRIST. ¿Qué tienes? (*Apeyando la mano en el hombro de Enrique.*)

ENR. ¿Yo?.. Nada. (*Coge á Cristian por la mano, y le lleva junto al retrato, que le enseña con un gesto expresivo.*) Hubiendo perdido á mi hijo... ¡no tengo nada!

CRIST. ¡Enrique!

ENR. ¡Hijo de mi vida! ¡Ah! ¡tú tambien le amabas! ¡La última vez que el pobre niño paseó las alamedas, tú lo llevabas de la mano! Le gustaban las flores, y le llenastes de ellas sus bracitos... ¿Lo recuerdas?.. ¡Pero ya no podian sostenerlas! Cayeron... y se ajaron en su caída... Vistes en esto un fatal presentimiento, y volviste la cabeza para enjugar una lágrima... ¡Ah! no te engañabas... El presentimiento se realizó!.. y ocho dias despues... ¡Eduardo estaba en el cielo!

CRIST. Ten mas valor y mas fortaleza, Enrique.

ENR. Perdóname; pero es preciso haber sido padre para comprender lo terrible de esta frase: «mi hijo ha muerto.» ¡Ay! ¡Cristian; ya no le volveré á ver!

- MAG. ;Teneis razon en llorar, porque vuestro sacrificio ha sido inútil! Os casasteis conmigo para dar un nombre á vuestro hijo... y el desdichado ha muerto!
- ENR. ;Habeis oido de mis labios la menor reconvenccion? ¿6 temeis acaso que me falte el valor para cumplir mi deber hasta el fin? (*Sube hácia el foro, y coge el sombrero.*)
- MAG. (*Ap.*) ;Su deber!... ¡siempre su deber! (*Sube por el otro lado, y se encuentra de frente con Enrique.*)
- LEON. ¿Vas á salir, Enrique?
- ENR. Si... tengo la cabeza trastornada, y necesito respirar aire libre. Adios.

ESCENA III.

MAGDALENA, CRISTIAN, LEONARDO. *Después TRASKIN, dentro.*

- CRIST. (*Después de una pausa.*) ;Pobre Enrique!
- MAG. ¡Ay! Ninguno dice, ¡po re Magdalena!
- LEON. (*Con dolor.*) ;Ninguno?
- MAG. Perdonadme, Leonardo: si; vos me habeis estimado y defendido siempre.
- CRIST. ¿Os he faltado jamás en lo mas mínimo, señora Marquesa?
- MAG. Respeto á los deberes de la sociedad, no, señor Conde: pero vos, que tan leal é indulgente sois con los demás: conmigo, por el contrario, sois injusto y sobrado severo. Res pondedme con la misma franqueza que yo os hablo. Un día me dijisteis: «Suceda lo que suceda, jamás olvidaré lo que habeis hecho por mi amigo Enrique.» ¿Estais bien seguro de no haberlo olvidado?
- CRIST. ¡De lo que estoy seguro es de que mi amigo, á quien quiero mas que á mí mismo, sufre por vuestra causa un martirio horrible!
- MAG. (*Con amargura.*) ¿Y á mí me creeis dichosa? ;Si yo cometí una falta, por creer que un corazon villano era generoso, bastante me lo ha hecho expiar el cielo; sobre todo con la muerte de mi hijo adorado! Pero los hombres exigen que subamos sin vacilar y sin resbalar por la difícil pendiente del heroismo... ¡nada se nos perdona!... y en cambio, ellos no intentan la lucha, ni siquiera con las mas venales preocupaciones de la sociedad!
- CRIST. Las leyes que ella nos impone...

MAG. *(Interrumpiéndole.)* Son absurdas é injustas, si no distinguen y perdonan. Por eso era yo feliz buyendo de ella. Pero Enrique no podía vivir lejos del mundo, y en esta soledad hemos pasado dias eternos y eternas noches, contando por los latidos de nuestros corazones las largas horas que se llevaban nuestra felicidad! Si yo os dijera que el mas bondadoso de los hombres ha pasado este tiempo acusando con su terrible mirada á la pobre mujer, que era su fiel compañera, y reconviniéndola de este modo de un pasado, que ella no puede borrar ni aun á costa de su existencia! *(Leonardo trata de responder, pero la emocion le domina; se dirige á la ventana y se asoma apoyándose en el antepecho.)*

CRIST. Ya lo veis: ¡Enrique padece!.. y vos sin embargo nada podeis hacer.

MAG. Os equivocais. Puesto que la muerte ha huido de mi cuando la buscaba; pues que he perdido á mi hijo y le soy importuna á mi esposo, me libtaré por cualquier medio de esta vida odiosa, en que temo acabar por aborrecer al que tanto amo! *(Se sienta.)*

TRASK. *(Desde fuera á Leonardo, que está en la ventana.)* Decidme, caballero: ¿sois de este pais?

LEON. Si, señor.

TRASK. Creo que me he perdido en estas arboledas. ¿Podeis indicarme mi camino?

MAG. Esa voz...

LEON. Con mucho gusto. ¿A dónde os dirigis?..

TRASK. A la quinta de Granville. ¿Está lejos?

LEON. Al contrario; muy cerca.

MAG. ¡Leonardo! *(Levantándose.)*

LEON. *(Desde la ventana.)* ¿Señora Marquesa?

MAG. ¿Con quién hablais? *(Cristian se asoma al instante á la ventana y baja en seguida al proscenio.)*

LEON. Con el nuevo propietario de la quinta de Granville.

MAG. *(Ap.)* ¡El principe Traskin en este pais! ¡El Principe!..

CRIST. *(Que la observa atentamente, aparte.)* Se ha turbado... serán justas mis sospechas, y su desesperacion fingida?

LEON. *(Hablando con el Principe desde la ventana.)* Caballero; está muy entrada y oscura la noche, y os perderiais en el bosque. Si lo permitis, os daré un guia que os acompañe.

TRASK. *(Siempre fuera.)* Acepto con mucho gusto, y os doy las

- gracias.
- LEON. (*Llamando.*) ¡Luciano!
- MAG. ¡Valor! Es preciso: su corazón es generoso y me comprenderá. (*Se dirige á la mesa y escribe ligeramente algunas líneas.*)
- CRÍADO. (*Saliendo.*) ¿Qué mandais?
- LEON. Acompaña y sirve de guía hasta la quinta de Granville á la persona que te espera al pié de la ventana.
- MAG. (*Entrega al criado recatadamente el billete.*) Y entrégale este billete (*Véase Leonardo y el criado.*)
- MAG. (*Después de una larga pausa, á Cristian.*) Señor Conde... Perdonad: tengo necesidad de estar sola...
- CRIST. (*Sonriendo amargamente y sin moverse.*) Lo creo, señora.
- MAG. Señor Conde... os suplico que os retireis.
- CRIST. No lo haré.
- MAG. Pensad, conde Cristian, que lo que quiero en este momento es evitar una desgracia; que en ello va la vida de dos hombres; el honor y la tranquilidad de toda una familia.
- CRIST. Precisamente, porque creo que el honor y la tranquilidad de mi amigo están comprometidos, es por lo que me quedo.
- MAG. (*Viendo llegar á Traskin.*) Como gustéis. La suerte está ya echada.

ESCENA IV.

CRISTIAN, MAGDALENA, TRASKIN, conducido por LUCIANO.

- LUC. Entrad, caballero. (*Véase el Criado.*)
- TRASK. ¿Vos aquí, señora Marquesa? Ignoraba que vuestra quinta estuviese tan cerca de la mía.
- CRIST. (*Recalcando.*) ¡Ah! ¿El príncipe Traskin ignoraba?...
- TRASK. Completamente: como acabo de tener el honor de decirlo.
- CRIST. Por galanteria hacia esta señora, diré que lo comprendo; pero es difícil que yo lo crea.
- TRASK. ¡Caballero!
- CRIST. ¡Oh! tranquilizaos. Os responderé como gustéis de mis palabras; pero aun debéis escuchar el resto: yo no seré nunca el juguete de la comedia que representáis ambos en este momento.

- TRASK. ¡¡Señor Conde!!
- CRIST. Si os hablo en este tono, es porque el Palatino de Sandomir ha comprado muy caro el derecho de hacerlo.
- TRASK. ¡Cómo! ¡Vos!... ¡El conde Cristian!... ¿Seriais [en efecto] á quien el ejército húngaro llamaba el Palatino de Sandomir?
- CRIST. ¡El mismo! Mientras que veía caer muertos á mi lado á mi padre y á mis dos hermanos, vuestros soldados, príncipe Traskin, vuestros soldados incendiaban mi castillo del antiguo Palatinado! ¡También tenía una hermana, una infeliz niña de tres años!... ¡Los bárbaros la dejaron arder con todos mis fieles servidores, y cuando llegué á la antigua morada de mis antepasados, solo encontré ruinas humeantes, y ni una sola persona para referirme los pormenores de aquel horrible desastre! ¡Quedé en el mundo sin familia, como ya había quedado sin patria! ¿Creeis que no tengo derecho para hablaros así? ¿creeis que cuando sorprendo al príncipe Traskin en casa del Marqués de Castelgontíe, no debo dudar de sus intenciones? ¿no debo repetir á mi amigo, lo que ya esta mañana le decia?
- TRASK. ¿Qué?
- CRIST. ¡Que ha llegado al borde del abismo, á donde ha de precipitarse el impuro lazo que ha contraido!
- MAG. ¡¡Oh!! *(Se cubre el rostro con ambas manos.)*
- TRASK. ¡Callad, conde Cristian! porque las palabras que acabais de proferir son sacrílegas! Esta mujer á quien insultais...
- CRIST. ¿Y bien?
- TRASK. ¿Y bien!.. *(Va á continuar pero se detiene. Breve pausa.)* Sí, yo era el que mandaba las tropas encargadas de ocupar vuestro Palatinado. Por desgracia llegué demasiado tarde para impedir el incendio de vuestro castillo; pero viendo en lo alto de un torreón una niña que me tendía sus manos, me lancé con riesgo de mi vida... y abriéndome paso por entre las llamas, y ahogado por el humo, conseguí bajar en mis brazos sana y salva á la infeliz criatura... Pensé haber salvado á la hija de algun servidor, porque, ¿cómo imaginar que un caballero Palatino iria á sostener en lucha insensata y desesperada el honor de su país, dejando abandonado en su casa el honor de su familia?

- CRIST. ¡¡Principell
- TRASK. ¡La niña recogida y libertada de la muerte por mí... es la mujer insultada por vos! Es... vuestra hermana!!!
- CRIST. ¡¡Ella!!... ¡Magdalena! *(Le tiende los brazos.)*
- MAG. ¡¡Hermano mío!! *(Se precipita en ellos.)*
- TRASK. Sí, vuestro hermano, por los lazos de la sangre: pero... ¿la cuidado de vos? ¿Os ha guiado ni sostenido con sus consejos?... *(A Cristian con solemnidad.)* Antes de exponer nuestra vida á los azares de la guerra, el deber mas imperioso es velar por el honor de la familia.—Yo la he servido de padre; pero como era un extraño para ella, no he podido impedir que la maledicencia calumniase la pureza de mis intenciones.
- MAG. *(Opera ruido y va á la ventana.)* Abren la verja del jardin. ¡Ah! es Enrique que vuelvel.. ¡Alejaos, Príncipe; os lo pido en nombre del cielo!
- CRIST. *(A Traskin.)* Venid.
- MAG. ¡Oh! no, Cristian; quedaos vos. ¡Si Enrique dudase todavía... despues de las injustas sospechas que le han hecho concebir!.. *(Al Príncipe.)* Partid.
- TRASK. ¡Adios, hija mia! Espero volveros á ver muy pronto. *(Vase Traskin, en el momento que Enrique, seguido de Luciano, con luces, va á entrar en escena.)*
- CRIST. Ni una palabra todavía, Magdalena..... Ni una palabra.
- MAG. Os lo juro.

ESCENA V.

CHRISTIAN, ENRIQUE y MAGDALENA. Luciano deja las luces sobre el velador de la izquierda, y váse por la derecha.

- ENR. *(Ap. deteniéndose.)* ¡Ella!
- CRIST. *(Yendo á él.)* ¿Te esperaba con impaciencia? ¿Pero qué es eso? ¿De qué proviene esa palidez?
- ENR. ¿Eh? *(Como un hombre cuya razon se extravía.)*
- MVQ. *(Yendo á él.)* ¿Qué tienes, Enrique?
- ENR. ¿Yo? ¡Nada!
- MAG. ¿Tal vez la fatiga?.....
- ENR. ¡Sí! eso debe ser.
- CRIST. Pero, explícame.....
- ENR. Luego..... mas tarde..... Ahora déjame por algunos

instantes. *(Pasa á la izquierda.)*

CRIST. Volveré muy pronto. Necesito hablarte, Enrique.

ENR. *(Distraído.)* Adios.

(Cristian estrecha la mano á Magdalena y váse por la derecha, sin dejar de mirar á Enrique. Este pasa entonces vivamente á la derecha, cierra la puerta con violencia y se dirige fuera de sí á Magdalena, que ha pasado al mismo tiempo á la izquierda.)

ESCENA VI.

ENRIQUE y MAGDALENA.

ENR. ¿Sabeis, señora, lo que acabo de oír..... y lo que acabo de ver en los cortos momentos que he estado fuera de la quinta? Pues he oído que el príncipe Traskin viene á habitar estas inmediaciones..... y he visto al nuevo prefecto, que es vuestro antiguo amigo, Monsieur Olivier.

MAG. ¡Enrique!

ENR. No me interrumpais. Aun quedará en lo mas recóndito de vuestro corazon un lugar para el remordimiento. No podeis figuraros todo lo que me habeis hecho sufrir durante estos cuatro años! Muchas veces me veiais sonreír, y diriais: «¡Enrique es dichoso!» ¡Cómo os equivocabais! ¡Sufria los tormentos de la desesperacion! ¡Pero yo, pobre insensato, me condenaba á un eterno silencio..... que al fin he debido romper!

MAG. ¡Por piedad, Enrique, por piedad!.....

ENR. *(Continuando.)* ¡Cuántas veces tambien, teniendo vuestras manos entre las mías y mis ojos clavados en los vuestros, pasando horas enteras en esos éxtasis silenciosos de felicidad y de amor, un recuerdo de vuestro pasado venia á acibarar mi dicha!

MAG. ¡Dios mío! Dios mío!

ENR. El único consuelo que me quedaba en mi dolor, era pensar que vos, agradecida, si no cariñosa, al ver el altar que yo os había elevado en mi corazon, borrariais con vuestra conducta todos los recuerdos que pudieran mancillaros. ¡Pero no! ¡Habeis derribado ese altar! y yo, que me habría dejado matar mil veces por defenderos de una mirada insultante..... yo, yo mismo estoy aquí

- insultándoos.... y vertiendo lágrimas de desesperación!
- MAG. ¡Enrique! os juro que no soy culpable. Os lo juro por la memoria de nuestro hijo! Ignoraba deber á mi fatalidad la presencia en estos sitios del Príncipe y de Olivier....
- ENR. ¿Cómo?
- MAG. ¿Qué alma bastante perversa ha podido calumniarme hasta el extremo de suponer que el hombre que me ha servido de padre....
- ENR. Entonces... ¿qué ha venido aquí el Príncipe? (*Magdalena vá á contestarle.*) ¡Oh! sería inútil que me lo negarais: el mismo Olivier, á quien he encontrado cerca de nuestra quinta, le ha visto entrar aquí... y acaba de decírmelo.
- MAG. Enrique... conocéis toda mi vida: sabéis que Olivier, ese hombre infame y vengativo, fué un tiempo el secretario del Príncipe, á quien aborrece; que valiéndose del engaño, de la perfidia, de los juramentos, me hizo abandonar á mi generoso protector... y que él será en fin la causa de mi eterna desgracia!—¿Por qué dais crédito á sus palabras? ¿Por qué dudais de mi presente, al terrible recuerdo de mi pasado?—Si supierais, Enrique, lo que es una pobre mujer á quien no le ha concedido el cielo la suprema felicidad de recibir los besos de su madre! Jamás me vi rodeada de esa atmósfera pura y santa de la familia, que es la que salva del abismo á una jóven.
- ENR. ¡Oh!.. (*Luchando con la duda.*)
- MAG. Cuando conocí mi error y mi desdicha, quise morir... Entonces me salvasteis vos... y desde entonces creí que mi porvenir sería risueño... Pero ¡ay! ¡me engañé! ¡y sin hacer vuestra felicidad, he labrado mi propia desventura!
- ENR. (*No pudiendo dominar su emoción.*) ¡Magdalena!.. ¡Oh! ¡Es imposible: tú no puedes mentir: tu corazón es bueno! Te creo... si, necesito creerte. Mis celos infundados,—porque lo son, ¿no es cierto?—han hecho que te trate tal vez con demasiada dureza. Perdóname: ¡soy un insensato! Tú faltar á tus deberes y á tu conciencia! Tú... ¡Nunca!
- MAG. ¡Enrique mío!
- ENR. ¡Repíteme que me amas, que eres toda mía, que yo

solo poseo tu corazón! Sí; Dios nos ha criado el uno para el otro. Desde hoy volveremos á nuestros antiguos días de felicidad; huiremos de este país, que parezca maldecirnos, y lejos de las gentes, lejos de todo recuerdo... *(Como herido de un rayo y lanzándose hacia la puerta de la derecha.)* ¡Ah! ¡miserable!

MAG. *(Adivinando su idea y corriendo á colocarse delante de la misma puerta.)* ¡Enrique!

ENR. Déjame.

MAG. ¿A dónde vas?

ENR. ¡Déjame, repito!

MAG. ¡Un duelo, sin duda!

ENR. ¡Magdalena! Necesito hallarme otra vez con ese hombre! *(Separándose de la puerta.)*

MAG. ¿Quieres verme morir á tus piés?

ENR. ¡Temes por su vida!

MAG. ¡Temo por la tuya, esposo mío!

ENR. *(Procurando dominar y tranquilizarla.)* Pues bien... yo te prometo... Pero déjame... ó no respondo de mí! *(Vase precipitadamente.)*

ESCENA VII.

MAGDALENA sola. Despues LUCIANO.

¡Enrique!.. ¡Enrique!.. ¡No me escucha! ¡Se aleja y me abandona!—Cuando empezaba á entrever una esperanza de felicidad, nuevas desdichas vienen á turbarla. ¡No! Yo no debo consentir que esponga su vida por mi causa. ¡Ese duelo!.. Es preciso evitarlo á toda costa. *(Reflexiona un instante.)* Lo escribiré á Olivier. *(Va á hacerlo y se detiene.)* No: mejor será que yo le habla... y si no tiene entrañas de tigre accederá á mis súplicas. ¡Se trata de mi esposo! ¡de mi esposo, á quien amo con toda mi alma!.. y escitar, sería un crimen! ¡Dios mío! ¡perdonadme! Lo hago por él. *(Llama con la campanilla; se sienta y escribe rápidamente.)* Dos palabras, rogándole que sin perder un momento...

LUC. *(Aparece.)*

MAG. *(Mientras escribe.)* Luciano: en tí pongo la suerte de tu amo y la mía...

LCC. Señora... *(Con interés, dando un paso hacia ella.)*

- MAG. Es preciso que esta carta llegue inmediatamente á manos del nuevo prefecto.
- LUC. Descuidad. Justamente acaban de decirme que se halla á espaldas de la quinta...
- MAG. (*Levantándose vivamente.*) ¡Eh? (*Breve pausa.*) En ese caso... iré yo misma. (*Rompe la carta que estaba escribiendo.*) ¡Valor! (*Váse por la puerta de la izquierda. Luciano va á marcharse cuando Leonardo aparece.*)

ESCENA VIII.

LUCIANO y LEONARDO.

- LEON. (*Entrando vivamente por la derecha.*) ¡Pronto, Luciano... reúne á todos los criados!..
- LUC. ¿Qué ocurre?
- LEON. ¡El fuego se ha declarado en la quinta! ¡El depósito de la leña se halla cercano al lugar donde las llamas se presentan mas intensas!
- LUC. ¿Qué decís?
- LEON. ¡Corre! ¡No te detengas! (*Luciano váse precipitadamente por la derecha.*) ¡Oh!.. ¡Es preciso que este incidente tenga un origen infame! ¡Un fuego que desde luego se presenta amenazador y terrible!..—¡Y Enrique que no se halla en la quinta! ¡Qué fatalidad pesa sobre él y sobre su infeliz esposa? No sé dónde tiene sus papeles de mas importancia... y sin embargo hay que pensar en salvarlos: veamos si en estos cajones... (*Examina los de la mesa de la izquierda.*) ¡Nada! ¡No hay nada! (*Yendo á la ventana.*) ¡Y el fuego aumenta por instantes!—¡Cielos! ¡Qué veo! Magdalena habla con un jóven, á quien parece suplicarle... (*En este momento la puerta de la izquierda se abre con ímpetu y aparece Enrique pálido y descompuesto.*)

ESCENA IX.

LUCIANO y ENRIQUE.

- LUC. (*Volviéndose al ruido que ha hecho la puerta.*) ¡Enrique! (*Enrique se detiene de pronto.*) ¡Ven: sálvate! ¡Pronto!.. ¡ó estamos perdidos! Yo voy á dar algunas órdenes... á

dirigir los trabajos... y tú entre tanto... ¿Pero no me oyes? ¡Mira, Enrique, que los momentos son preciosos! *(Que ha permanecido indiferente á las excitaciones de Luciano)* Leonardo: nunca he dudado de tu amistad: hoy te exijo una nueva prueba.

ENR.

LEON.

ENR.

Habla.
Conozco tu corazón, sé que mis deseos son órdenes para tí... Escucha: sal por esa puerta, *(Señalando la de la derecha)* y ciérrala de modo que nadie pueda penetrar por ella.

LEON.

ENR.

LUC.

¿Pero olvidas que el incendio?..
(Interrumpiéndole.) Yo saldré por aquella otra.
(Se le vé asomar por la escalera en mangas de camisa.)
Acudid pronto: ¡el fuego amenaza destruir todo el edificio! *(Desaparece.)*

ENR.

LEON.

ENR.

LEON.

ENR.

LEON.

ENR.

Vé: no te detengas.
¿Pero tú?..
No temas por mí: adios.
Huye, amigo mío. *(Se dirige á la derecha.)*
(Llamándolo.) ¡Leonardo!.. Abrazame primero.
¡Eh!
Abrazame. *(Se abrazan.)* ¿Quién sabe?.. Vas á correr un riesgo..

LEON.

ENR.

LEON.

¡Oh! tu temor es infundado...
Tienes razón... ¡Adios! *(Le hace una señal para que cierre la puerta.)*
Te obedeceré. *(Véase y cierra con llave la puerta de la derecha. El fondo se ilumina de vez en cuando por las llamas del incendio.)*

ESCENA X.

Enrique solo.

¡Héme solo al fin!—¡Una entrevista con su cómplice!!
¡Miserable!—¡Arrancad una mujer del desprecio público; entregadla vuestro honor en depósito, y esa misma mujer introducirá el adulterio en vuestra propia casa!—
¡Cuando acababa de jurarme su amor!.. cuando un momento antes!.. *(Con desesperación, llevándose la mano á la frente.)* ¡Oh!.. ¡Mi razón se extravía! ¡Magdalena!..
¡Magdalena!.. ¡Tus remordimientos me vengarán un

dia!—;Pero es tal la miseria del corazon humano, tanta la pequeñez de nuestra alma, que á pesar de que he visto su infamia, á pesar de que estoy creyendo que huye en este instante con Olivier... y bien, sí, á pesar de todo, lá amo todavia! ¿Dónde ocultar job, Dios mio! mi vergüenza y mi oprobio? ¿dónde sepultar este sentimiento fatal de un amor maldecido? ¡Vos, Señor, que me habeis inspirado, vos me perdonareis! (*Va á cerrar la puerta de la izquierda. Magdalena aparece con solemnidad, y se detiene. Enrique retrocede.*) ¡Ab!.. (*Momentos de silencio. Magdalena cierra la puerta y quita la llave.*)

ESCENA XI.

ENRIQUE y MAGDALENA.

MAG. ¡Quieres morir, Enrique, porque tu corazon, minado por las sospechas y la vergüenza, no puede ser feliz con la que tanto te adora! ¡Pues bien; muramos juntos! (*Arroja la llave por la ventana.*)

ENR. ¡Magdalena! (*Con asombro y dando un paso hácia ella.*)

MAG. En nuestra miserable situacion, no nos queda otro recurso. Jamás has creído en la sinceridad de mi cariño; yo vengo á darte la última prueba... mi vida!

ENR. ¡Cielos!

MAG. ¡Morir en tus brazos, Enrique, es para mí la dicha mas suprema que Dios ha podido depararme!

ENR. ¡Pero esto es un ensueño horrible! ¿No hace un momento, di, que has tenido una entrevista con Olivier?

MAG. Sí, para impedir el duelo que meditabas; para decirle que su vida me respondia de la tuya. (*Se oyen dentro rumores y ruidos lejanos de piquetas.*)

ENR. ¡Dios mio! ¡Dios mio! ¡Y en mi fatal error habré cerrado todos los caminos de salvacion! (*Yendo á uno y otro lado.*)

MAG. ¡Enrique!.. ¡dime que me perdonas!

ENR. ¡Las llamas nos rodean por todas partes!... ¡El humo nos ahoga! ¡Socorro!

MAG. (*Sofocada por el humo que entra por la ventana, y las aberturas de ambas puertas. Rumor mas cercano.*) ¡Tu

- perdon, Enrique! ¡Tu perdón!
- ENR. *(Golpeando en ambas puertas.)* ¡Socorro! ¡Socorro! ¡Venid! ¡Por piedad, salvad á Magdalena! *(Se notan los esfuerzos que de la parte adentro se estan haciendo para abrir ambas puertas.)*
- MAG. ¡A mi lado, Enrique mío!.
- ENR. *(A los que estan dentro.)* ¡Redoblad vuestros esfuerzos!
- LEON. *(Apareciendo en la ventana en el mayor desorden y en mangas de camisa, con una piqueta en la mano.)* ¡Por aquí! *(Ambas puertas caen al suelo con estrépito.)*

ESCENA ULTIMA.

DICHOS, TRASKIN por la puerta de la izquierda. LUCIANO por la de la derecha, seguido de algunos criados con herramientas.

- TRASK. ¡Bélos aquí! *(Leonardo va á socorrer á Magdalena. Luciano y los criados trabajan en la ventana, para impedir que el fuego penetre en la habitacion.)*
- LEON. ¡Príncipe!
- TRASK. ¡Os doy gracias, Dios poderoso, porque me habeis permitido libertarla dos veces de la muerte!
- CRIST. *(Entrando apresuradamente.)* ¡Huye con ella, hermano mío! *(Magdalena baja al proscenio.)*
- ENR. ¿Qué dices?
- CRIST. ¡Que Magdalena es mi hermana, y que acabo de vengar su honor, matando en desafio al hombre que se atrevió á mancillarlo!
- TRASK. {
- MAG. {
- ENR. {
- (Todos le rodean. La colocacion de los personajes es la siguiente: Magdalena en los brazos de Cristian y Enrique, en medio de ambos; Cristian da la mano derecha á Traskin.)*
- LEON. ¡Pero huid... huid por ese lado! *(Queda en la izquierda, señalando á la puerta.)*
- MRC. ¡Dios mío! ¡Bendita sea tú misericordia! *(Caen el telon.)*
- LEON. ¡Por aquí!

PIN DEL DRAMA.

*Habiendo examinado este drama, no hallo inconveniente en que su representacion se autorice, si se suprime lo señalado en la escena 5.^a del acto segundo:
Madrid 2 de Mayo de 1858.*

El Censor de Teatros,
ANTONIO FERRER DEL RIO.

NOTA. Lo señalado por el Sr. Censor en la escena 5.^a del acto 2.^o, se halla en la página 31, y empieza en la línea veinticuatro de la citada escena, donde dice: «¡Ah! no sois justo» hasta la veintisiete que termina «nos habeis dado;» todo lo cual se suprimirá en las representaciones.

C4